

Entendiendo
correctamente el
libertarismo

Hans-Hermann Hoppe

CENTRO MISES

Entendiendo correctamente el libertarismo

Introducción

Los escritos recogidos en este libro son en su mayoría discursos realizados en Bodrum en la *Property and Freedom Society*, de la cual el profesor Hoppe es fundador y presidente. Tuve la suerte de escuchárselos leer en la reunión, y me siento profundamente honrado de que me hayan pedido que presente una introducción a las versiones publicadas.

Voy a dividir mi Introducción en tres secciones. Primero, daré una breve descripción de los primeros años de vida y el desarrollo intelectual de Hoppe. Segundo, escribiré más extensamente sobre el trabajo académico que lo ha colocado a la cabeza del movimiento libertario internacional. Tercero, explicaré el tema o los temas principales que derivan de la presente colección.

Hoppe: El niño del asentamiento de la Alemania Occidental

Hans-Hermann Hoppe nació el 2 de septiembre de 1949 en Peine, una ciudad en el sector británico de la Alemania ocupada. Después de asistir a varias escuelas locales, primero fue a la Universidad de Saarland en Saarbrücken y desde aquí se trasladó a la Universidad de Goethe en Frankfurt, donde estudió con el notable neo-marxista Jürgen Habermas, quien también actuó como asesor principal de la tesis doctoral de Hoppe en Filosofía sobre David Hume e Immanuel Kant. En aquellos días, Hoppe era un marxista, y no tenía diferencias serias con su maestro. Dijo más tarde: «Lo que me... gustaba del marxismo es que había intentado ofrecer un sistema riguroso y deductivo».¹ Para cualquier observador externo, estaba siguiendo un camino seguido por muchos miles de su generación. Debería, en el curso normal de las cosas, haber terminado en un puesto permanente en el que su deber, bajo la justificación de difundir el desafecto, era predicar la conformidad con el nuevo orden de cosas en Alemania Occidental.

Sin embargo, lo que pronto le disgustó acerca del marxismo fue su fracaso como sistema intelectual. Su desencanto fue un proceso gradual, y pasó por un período en el que fue influido por Karl Popper, e incluso fue un socialdemócrata en la política. Su ruptura final con el izquierdismo llegó mientras escribía su tesis de habilitación sobre los fundamentos de la sociología y la economía. Comenzó con la noción de que, aunque ciertas

¹ «The Private Property Order: An Interview with Hans-Hermann Hoppe», *Austrian Economics Newsletter* 18, nº 1 (2014). Disponible aquí: <https://mises.org/library/private-property-order-interview-hans-hermann-hoppe>.

verdades sobre el mundo pueden conocerse *a priori*, las leyes de la economía y la sociología se conocen al menos en gran parte por inducción. Luego rechazó esto, pasando a la opinión de que la economía, al contrario que la sociología, es una ciencia completamente deductiva. Esto lo llevó entonces al descubrimiento de Ludwig von Mises. Aquí había un sistema que hacía las mismas afirmaciones ambiciosas que el marxismo. El austricismo era un conjunto de teorías entrelazadas y en gran parte deductivas sobre economía, política, derecho y mucho más. A diferencia del marxismo, se mantenía unido intelectualmente. También generaba un verdadero conocimiento sobre el mundo. El último paso restante en este nuevo e impredecible camino fue descubrir a Murray Rothbard. Hoppe terminó la década de 1970 como un libertario radical de libre mercado. Al dejar de ser bienvenido en todas las universidades de Alemania Occidental, en 1985 se fue a los Estados Unidos.

Hoppe: Heredero de Rothbard

Hasta 1986, enseñó en Nueva York bajo la supervisión de Rothbard, «trabajando y viviendo a su lado, en contacto personal constante e inmediato». Luego se mudaron juntos para enseñar en la Universidad de Nevada en Las Vegas. Aquí, se ubicaron en el núcleo de lo que se convirtió en «el Círculo de Las Vegas», una agrupación de economistas y filósofos libertarios tan brillante y productiva como la que más en toda la historia del movimiento libertario. Otros miembros del Círculo incluyeron a Yuri Maltsev, Doug French y Lee Iglody. Hoppe permaneció en Las Vegas como profesor hasta 2008. Pero admite que nada fue igual después de la prematura muerte de Rothbard en 1995. Vio a Rothbard como su «enseñante principal, mentor y maestro» y su «más querido amigo paternal».

A pesar de que produjo mucho más trabajo durante su tiempo con Rothbard y después, su contribución más importante, tanto al libertarismo como a la Filosofía en general, es probablemente su trabajo sobre lo que llama Argumentación Ética. Toda ideología secular parece descansar sobre bases inestables. El libertarismo de libre mercado no es una excepción. ¿Por qué debería dejarse en paz a las personas? ¿Por qué deberían ser libres? Podemos argumentar que la libertad permite que las personas se hagan más felices de lo que serían de otra manera. Podemos argumentar que les permite ser más ricos. La respuesta es preguntar por qué las personas deberían ser felices o ricas. Estos pueden ser bienes evidentes, pero no siempre se consideran. Otra objeción es comenzar a abrir agujeros en la definición y medición de la felicidad. O podemos afirmar que todo ser humano nace con ciertos derechos naturales e inalienables, y que estos incluyen los derechos a la vida, la libertad y la propiedad. La objeción aquí es preguntar por qué, sin Dios como otorgante, estos derechos reclamados son al más que un ejercicio de flatulencia verbal.

Hayek y von Mises, los dos hombres que más hicieron durante la mitad del siglo XX para mantener el liberalismo clásico vivo como ideología, fueron varios tipos de utilitaristas. Rothbard, que tomó la Economía Austríaca y la fusionó con el radicalismo nativo americano para crear el movimiento libertario moderno, compartió una creencia con Ayn Rand en los derechos naturales. Durante muchos años, hasta que surgieron más disputas prácticas después del final de la Guerra Fría, casi todas las reuniones libertarias incluían un ensayo de las diferencias entre las dos escuelas fundacionales.

Lo que Hoppe intenta con su ética de la argumentación es trascender este debate. Al hacer esto, se basa en sus primeros trabajos con Habermas, en la tradición kantiana

de la filosofía alemana, y en las escrituras éticas de Rothbard. Comienza con la observación de que hay dos formas de solucionar cualquier disputa. Una es la fuerza. La otra es la argumentación. Cualquiera de las partes en una disputa que elija la fuerza se ha salido de las normas de la civilización, que incluyen evitar la fuerza agresiva, y no tiene derecho a quejarse si se le trata con mucha dureza. Cualquiera que elija la argumentación, por otro lado, ha aceptado estas normas. Por tanto, si argumenta a favor de la rectitud de la fuerza como un medio para obtener lo que quiere de los demás, se está involucrando en una contradicción lógica. En resumen, quien rechaza el principio libertario de no agresión también necesariamente rechaza las normas del discurso racional. Quien afirme aceptar estas normas también debe aceptar el principio de no agresión.²

Hablando mucho después de la primera publicación, Hoppe negó que esto fuera una retirada de los derechos naturales:

Intentaba hacer que los dos primeros capítulos de la *Ética de la Libertad* de Rothbard fueran más sólidos que lo que eran. Eso a su vez daría más peso a todo lo que siguió. Tenía algo de insatisfacción con [el] rigor con el que se habían llegado a los supuestos éticos iniciales de la teoría política libertaria. Intuitivamente, parecían plausibles. Pero pude ver que un enfoque ligeramente diferente podría ser más sólido. Murray nunca consideró mis revisiones como una amenaza. Su única preocupación era: ¿esto resuelve

² Ver, por ejemplo, Hans-Hermann Hoppe, «The Ultimate Justification of the Private Property Ethic», *Liberty*, Setptiembre de 1988. Disponible aquí: http://www.hanshoppe.com/wp-content/uploads/publications/hoppe_ult_just_liberty.pdf.

definitivamente la cuestión? En última instancia, estuvo de acuerdo en que lo hacía.³

De hecho, Rothbard le dio a la teoría su mayor elogio. La calificó como

un avance deslumbrante para la filosofía política en general y para el libertarismo en particular. ... [Hoppe] ha logrado trascender la famosa dicotomía ser/deber ser, hecho/valor que ha plagado a la filosofía desde los días de los escolásticos, y que había llevado al libertarismo moderno a un punto muerto agotador.⁴

Si Rothbard era el principal intelectual del movimiento libertario, Hoppe era su sucesor obvio y elegido. En el momento de la muerte de Rothbard, había hecho contribuciones sólidas no solo a la ética fundamental, sino también a la economía, la política y el derecho. Fue un maestro inspirador y un orador público reclamado en todo el mundo. No había nadie en Estados Unidos o en el mundo en general mejor calificado para continuar donde Rothbard se había quedado. Entonces se convirtió en el editor de *The Journal of Libertarian Studies* y coeditor del *Quarterly Journal of Austrian Economics*.

El propio Rothbard, sin embargo, no fue aceptado universalmente dentro del movimiento libertario. Uno de sus numerosos talentos había sido el de crearse enemigos. Tenía muchos motivos para crearse o simplemente atraer enemigos. Era un aislacionista en una época en que la

³ «The Private Property Order».

⁴ Simposio, «Hans-Hermann Hoppe's Argumentation Ethics: Breakthrough or Buncombe?» *Liberty*, Noviembre de 1988. Disponible en http://www.libertyunbound.com/sites/files/printarchive/Liberty_Magazine_November_1988.pdf.

derecha estadounidense se definía a sí misma por su oposición al comunismo y la Unión Soviética. Era escéptico ante las grandes empresas en un movimiento que estaba en gran parte enamorado del capitalismo estadounidense. Era un anarquista entre los economistas que se inclinaban por el camino hacia la privatización y la desregulación. Vio cada paso del ascenso de Estados Unidos al poder mundial como una traición al estilo de vida estadounidense. Resultaba de estar aliado con izquierdistas y con ultraconservadores. Estaba en guerra abierta con los estatistas utilitarios y los defensores del dinero barato de la Escuela de Chicago. En seguida se sintió incómodo con el Instituto Cato, que había hecho mucho para fundar. Era mordaz en su desprecio por la corrección política y la idea misma de una igualdad universal que fuera más allá de la igualdad de los derechos negativos.

Hoppe es una figura aún más divisiva. Un conservador cultural declarado, no tiene tiempo para las variedades más hedonistas o izquierdistas del libertarismo. Desde el principio, su libertarismo ha puesto más énfasis en los derechos de propiedad que en la tolerancia. En *Monarquía, democracia y orden natural*, escribe que, en su comunidad ideal,

habría poca o ninguna «tolerancia» y «apertura mental», tan querida por los libertarios de izquierda. En cambio, estaría en el camino correcto hacia la restauración de la libertad de asociación y exclusión implícita en la institución de la propiedad privada.⁵

Y añade:

⁵ Hans-Hermann Hoppe, *Democracy: The God that Failed* (New Brunswick, N.J.: Transaction Publishers, 2001), p. 211.

El pacto concluido entre el dueño y los arrendatarios con el objetivo de proteger su propiedad privada no puede contener nada parecido a un derecho a la libertad (ilimitada) de expresión de los arrendatarios, ni siquiera en la posesión de cada cual. Puede afirmarse lo que se quiera y patrocinar casi cualquier idea, pero a nadie le está permitido defender ideas como la democracia o el comunismo, contrarias a los objetivos últimos del pacto conservador de la propiedad privada. Un orden social libertario no puede tolerar ni a los demócratas ni a los comunistas. Será necesario apartarlos físicamente de los demás y expulsarlos de la sociedad. Del mismo modo, en un pacto instituido con la finalidad de proteger a la familia, no puede tolerarse a quienes promueven formas de vida alternativas, no basadas en la familia ni en el parentesco, incompatibles con aquella meta. También estas formas de vida alternativa -hedonismo individualista, parasitismo social, culto al medio ambiente, homosexualidad o comunismo- tendrán que ser erradicadas de la sociedad si se quiere mantener un orden libertario.⁶

Estas declaraciones y otras de su tipo han sido y siguen siendo polémicas dentro del movimiento libertario. Creo que no es exagerado decir que casi todo el mundo en el Movimiento, desde el 2000 aproximadamente, se ha definido a sí mismo por lo que piensa de Hoppe. Algunos lo consideran el mayor libertario vivo, otros como un diablo. El único punto de acuerdo es que es un pensador que no puede ser ignorado.

⁶ *Ibid.*, pp. 216-117.

La presente colección

Siendo así, la presente colección será útil como una breve aclaración de dónde se encuentra Hoppe en los asuntos más importantes dentro del Movimiento, y los temas más importantes de nuestra época. Soy consciente de que, aunque muchos omiten los prólogos, otros juzgan un libro por su prólogo. Por lo tanto, soy más consciente de la necesidad de un resumen y una explicación breves y precisos de los contenidos que siguen a mi introducción.

En varios lugares, Hoppe reafirma y enfatiza su opinión de que los fundamentos del libertarismo se derivan de una cadena de razonamiento deductivo de premisas innegables. Vivimos en un mundo de escasez. O los recursos son escasos, o el tiempo para usarlos es escaso. Todos tenemos diferentes ideas sobre cómo se usarán estos recursos. Por lo tanto, si deseamos vivir en un mundo donde el conflicto por los recursos se minimiza, debemos acordar los derechos de propiedad y transferencia.

Debe darse por sentado que somos dueños de nosotros mismos. Reclamar lo contrario lleva a una inhumanidad obvia. Aumenta al menos el potencial de conflicto ilimitado sobre quién posee a quién. En lo que respecta a los recursos externos, la solución ideal es que pertenezcan a quien primero se los apropie del Estado de la Naturaleza, y que luego sean transferidos por consentimiento, es decir, por venta, donación o herencia. Esta es, por supuesto, la solución ideal. En gran parte del mundo, la propiedad de la tierra ha estado en posesión durante miles de años y ha sido confiscada y reasignada en repetidas ocasiones. No hay una pulgada cuadrada de Inglaterra o Europa occidental cuyo título derive de su apropiador original. La solución práctica, entonces, es una presunción refutable a favor de títulos existentes, siendo la refutación una buena evidencia del título derivado de

una cadena de posesión anterior. La excepción es la propiedad *estatal*. Esta debe restituirse a los poseedores de su último título razonable.

O esto es irrefutable, o negarlo conduce a un conflicto mayor que dejar las cosas como están. Aquí termina, sin embargo, la naturaleza evidente del libertarismo. Ciertas proposiciones adicionales derivadas de la economía continúan la cadena de la verdad evidente. Pero otras discusiones sobre el enfoque o la forma de una sociedad libertaria involucran cuestiones de compromiso pragmático.

Si toda la raza humana se pareciera y pensara más o menos igual, el activismo libertario sería una cuestión de alcance indiscriminado y no invasivo. Pero la raza humana, tal como existe, es infinitamente diversa. Hay diferencias de apariencia, diferencias de habilidad, diferencias de creencia y expectativa. Estas diferencias son claras entre los individuos. Son claras entre diferentes grupos de individuos. No somos una *tabula rasa*, en la cual el Espíritu de la Era puede escribir como quiera. Nacemos diferentes. Nos volvemos más diferentes aún en la forma en que respondemos a lo que sea que signifique el Espíritu de la Era.

A largo plazo, Hoppe y sus críticos están totalmente de acuerdo. Esperan con ansia una humanidad única, unida en el respeto por la vida, la libertad y la propiedad, todo ello enriquecido con los beneficios culturales y materiales que se derivan de un mundo de libertad universal. Por el momento, esta humanidad única no existe, ni es probable que exista. O debemos tener en cuenta estos hechos de diferencia, o no lo haremos. Si no lo hacemos, entonces nos convertiremos en intelectuales inútiles, interminablemente hablando entre nosotros, y con nadie más, sobre la relación entre el principio de no agresión y la doctrina de la frustración contractual. O nos

convertiremos en intelectuales peligrosos, abogando por políticas que, en nombre del principio de no agresión, no reducen, sino que aumentan, la probabilidad de conflicto por los recursos. Si elegimos tomar en cuenta estas diferencias, entonces nos encontramos firmemente en el lado impopular de casi todas las preguntas que definen la edad en que vivimos.

Si hay espacio para el debate sobre las causas, un hecho está claro. El de que las sociedades más libres y prósperas que hayan existido alguna vez son aquellas dominadas por varones generalmente heterosexuales descendientes de los cazadores-recolectores que se asentaron en Europa occidental y central y en el norte de Asia. De hecho, si hay espacio para el debate sobre las causas, la causa más probable, algo que se puede negar por los productos de una educación universitaria larga y costosa, es algo inherente a estos pueblos, en lugar de un conjunto de circunstancias contingentes locales de los últimos miles de años.

Esto no quiere decir que estos grupos sean «mejores» que otros en un sentido abstracto. No quiere decir que todos los miembros de estos grupos muestren la misma aptitud para preservar sus órdenes sociales tradicionales o adquiridos. Tampoco significa que todos los miembros de otros grupos sean igualmente incapaces de adquirir o preservar los órdenes sociales relevantes. Ciertamente, no es que invitemos a pensar mal de esos otros grupos. Hoppe siempre ha sido claro en esto, y sus conferencias de Bodrum son absolutamente diversas. Es simplemente una cuestión de enfrentarse a los hechos generales. Hay mujeres barbudas. Hay hombres con pechos. No todos los ingleses son puntuales. No todos los nigerianos las ignoran. Aun así, basar nuestra conducta en excepciones en lugar de generalidades está destinado, tarde o temprano, a resultar inconveniente.

Una consecuencia de este enfoque es que Hoppe se opone a las leyes contra la discriminación. Si hubiera una ley que permitiera a los varones heterosexuales cristianos blancos ejercer como médicos, él la denunciaría, del mismo modo que, al comienzo de su sistema, denunciaba cualquier clase de esclavitud. Dichas leyes violan el corolario negativo del derecho a la libertad de asociación. Si queremos ser libres de asociarnos como lo deseamos, entonces debemos ser libres para no asociarnos. A veces, nuestras decisiones se basarán en las realidades sociales que acabamos de mencionar, a veces no. En cualquier caso, son nuestras decisiones, y no deberían ser impedidas por ley.

Una segunda consecuencia es que debe haber un fin para el «cambio de régimen» y la «construcción de la nación» en otras partes del mundo. En esta colección actual, Hoppe menciona de pasada su oposición a nuestras intervenciones de Medio Oriente. Pero su oposición es profunda y firme. Las supuestas razones de estas intervenciones son todas mentiras probadas o probables. Incluso de lo contrario, el proyecto de exportar nuestras soluciones a lugares donde no se desean ni hay aptitudes para recibirlos solo puede llevar a más derramamiento de sangre que dejar a las personas a su aire.

La tercera consecuencia es que se opone a las fronteras abiertas. Esto me devuelve al punto de Hoppe sobre la aplicación pragmática de la teoría libertaria. Hay libertarios que memorizan alguna declaración concisa del principio de no agresión e inmediatamente concluyen que todas las fronteras son inmorales. Este enfoque ignora las realidades actuales. La inmigración masiva desde fuera de las regiones mencionadas antes tiene efectos evidentemente negativos. Aumenta el crimen y el desorden. Amplía en gran medida el rol de los solicitantes

de asistencia social. Proporciona un electorado creciente para los políticos cuyas carreras son un continuo ataque a la vida, la libertad y la propiedad. Las fronteras abiertas en sí mismas en este momento, y especialmente las fronteras abiertas más un estado de bienestar y nuestras interminables guerras de agresión que producen oleadas interminables de refugiados, son un ataque a la civilización.

Tampoco hay ninguna razón para creer que una sociedad verdaderamente libertaria permitiría lo que ahora pasa por fronteras abiertas. Las personas tienen derecho a comerciar entre sí, no a establecerse donde y como quieran. Una de las afirmaciones básicas de la teoría libertaria es que todos los costos pueden y deben ser privatizados. Pues bien, cualquier participante de una comunidad libertaria puede imponer costos que superan los beneficios de su presencia. Si es así, un derecho innegable de los propietarios de esa comunidad es el de disuadir a los nuevos participantes que consideran, por cualquier razón, como indeseables. Aquellos que elijan no hacerlo estarán sujetos a pleitos por permitir una molestia en su propiedad. Un mundo libertario sería un mosaico de comunidades. Estas atenderían todo tipo concebible de gustos. La mayoría de ellas, sin embargo, probablemente serían más bien exclusivas en sus políticas de entrada. Habría espacio para las comunidades que darían la bienvenida a todos los visitantes con los brazos abiertos. La visión de Hoppe, sin embargo, es que estas serían una minoría de comunidades, y que su fracaso sería un ejemplo para otros.

Ahora bien, este es un argumento sobre un mundo que no existe, y puede que no exista en mucho tiempo. Vivimos en un mundo de naciones-estados, todos con fronteras. ¿Qué se debe hacer con respecto a la inmigración en un mundo así? Hoppe acepta la

ilegitimidad básica del presente orden de cosas, pero acepta que es el orden presente. Si la civilización debe sobrevivir incluso en su condición defectuosa actual, es necesario insistir en que los estados deben actuar como fideicomisarios de quienes los financian. Esto no significa una prohibición total de la inmigración u hostilidad hacia las personas en función de su apariencia. Pero sí significa un control estricto de las fronteras y la deportación de los inmigrantes indeseables. También significa precios más altos por el uso de propiedad pública para aquellos que no han contribuido en nada a su desarrollo. Significa que no hay acceso a la asistencia social que, aunque sea de manera insensata, pueda estar disponible para la población asentada. Cualquier cosa menos que eso se describe mejor no como «igualdad» o «antidiscriminación», sino como «integración forzada».

La mayoría de los ataques polémicos de Hoppe en los últimos años han tenido que ver con los autodenominados libertarios de izquierda. Estos combinan la aceptación de las ideas izquierdistas de igualdad y antidiscriminación con alguna creencia en el libre mercado. Al mismo tiempo, no se considera en ningún sentido como un líder de lo que se llama la derecha alternativa. Esta es una coalición amplia de nacionalsocialistas, nacionalistas blancos, conservadores de diversos tipos y libertarios desencantados. Saltó a la fama en 2016 por su apoyo a Donald Trump. Se hizo notoria en 2017 por el montaje desenfrenado que provocó en la manifestación de Charlottesville.

Hoppe acepta que la derecha alternativa y los libertarios comparten una oposición a las élites hinchadas, malévolas, belicistas que gobiernan la mayoría de los países occidentales. Ha abierto un diálogo con algunos de los líderes de la derecha alternativa más razonables. Pero sigue siendo cauteloso con la derecha alternativa en su

conjunto. No le gusta su misticismo frecuente: apelar a una «sabiduría superior» al racionalismo prudente de la Ilustración. No le gusta su obsesión con la raza en lugar de una visión clara de las diferencias reales entre individuos y grupos de individuos. Le disgusta especialmente sus concesiones al socialismo (socialismo mientras sus «beneficiarios» sean blancos). Si la derecha alternativa evoluciona hacia un ataque amplio contra males innegables, tanto mejor. Si, como parece probable, se convertirá en una coalición de cultos totalitarios o semi-totalitarios, no quiere tener nada que ver con eso.

Conclusión

Hoppe menciona varias veces en esta colección que está envejeciendo y que continuará trabajando mientras su salud lo permita. Espero que continúe por muchos años más. Pero tenemos que aceptar que la vida es incierta y por tanto que mañana pueda no estar entre nosotros. Sería una pérdida terrible. Al mismo tiempo, no tengo la menor duda de que, sobre la base de lo que ha logrado hasta ahora, el mundo intelectual se ha hecho un lugar mejor por la presencia de Hoppe en él. Y espero y creo que la inspiración que proporciona su trabajo algún día contribuirá al surgimiento de un mundo mejor para toda la humanidad. Si esta breve recopilación de sus escritos y mi breve Introducción pueden formar parte de esta contribución, no se habrá publicado en vano.

Sean Gabb

Deal

Abril de 2018

Un Libertarismo Realista

El libertarismo es lógicamente consistente con casi cualquier actitud hacia la cultura, la sociedad, la religión o el principio moral. En lógica estricta, la doctrina política libertaria puede separarse de todas las demás consideraciones; lógicamente, uno puede ser, y de hecho, la mayoría de los libertarios son: hedonistas, libertinos, inmoralistas, enemigos militantes de la religión en general y el cristianismo en particular, y siguen siendo partidarios constantes de la política libertaria. De hecho, en una lógica estricta, uno puede ser un devoto coherente de los derechos de propiedad políticamente y ser un gorrón, un estafador, sinvergüenza y delincuente en la práctica, como resultan ser demasiados libertarios. Estrictamente lógico, uno puede hacer estas cosas, *pero psicológicamente, sociológicamente y en la práctica, simplemente no funciona de esa manera.*¹

Permítanme comenzar con algunas observaciones sobre el libertarismo como teoría pura deductiva.

Si no hubiera escasez en el mundo, los conflictos humanos serían imposibles. Los conflictos interpersonales son siempre y en todas partes conflictos con respecto a cosas escasas. Yo quiero hacer X con una cosa determinada y usted quiere hacer Y con la misma cosa.

Debido a tales conflictos, y porque somos capaces de comunicarnos y discutir unos con otros, buscamos normas de comportamiento con el fin de evitar estos conflictos. El propósito de las normas es evitar el conflicto. Si no quisiéramos evitar los conflictos, la búsqueda de normas de conducta no tendría sentido. Simplemente pelearíamos y lucharíamos.

A falta de una armonía perfecta de todos los intereses, los conflictos relacionados con los recursos escasos solo pueden evitarse si todos los recursos escasos se asignan como propiedad privada exclusiva a una persona específica. Solo entonces puedo actuar independientemente, con *mis* propias cosas, de ti, con *tus* propias cosas, sin que tú y yo entremos en conflicto.

¿Pero quién posee qué recurso escaso como su propiedad privada y quién no? Primero: cada persona posee su cuerpo físico que solo él y nadie más controla *directamente* (yo puedo controlar tu cuerpo solo *indirectamente*, primero controlando directamente mi cuerpo y viceversa) y que solo él controla también directamente, en particular cuando *discute* y *argumenta* la pregunta en cuestión. De lo contrario, si la posesión del cuerpo fuera asignada a algún controlador corporal indirecto, el conflicto se volvería inevitable ya que el controlador corporal directo *no puede* renunciar a su control directo sobre su cuerpo mientras esté vivo; y en particular, de lo contrario sería imposible que dos personas, como los contendientes en cualquier disputa sobre una propiedad, puedan alguna vez discutir y debatir la pregunta cuya voluntad es prevalecer, ya que *argumentar* y *discutir* presupone, que tanto el proponente como el oponente tienen control exclusivo sobre *sus respectivos cuerpos* y, por lo tanto, llegan al juicio correcto por sí mismos, sin luchar (en una forma de interacción libre de conflictos).

Y segundo, en cuanto a los recursos escasos que pueden controlarse *solo* de manera indirecta (que deben asignarse con nuestro propio cuerpo dado por la naturaleza, es decir, *sin* apropiarse): El control exclusivo (propiedad) es adquirido por aquella persona que se apropió *primero* del recurso en cuestión o que lo adquirió a través de un intercambio voluntario (libre de conflictos)

con su dueño *anterior*. Solo el primer apropiador de un recurso (y todos los propietarios posteriores conectados a él a través de una cadena de intercambios voluntarios) puede adquirir y ganar control sobre él sin conflicto, es decir, pacíficamente. De lo contrario, si el control exclusivo se asigna en su lugar a los *recién llegados*, no se evitará el conflicto, sino que será contrario al propósito mismo de las normas que se hacen inevitables y permanentes.

Permítanme enfatizar que considero que esta teoría es esencialmente irrefutable, como una verdad *a priori*. En mi opinión, esta teoría representa uno de los logros más grandes, sino *el* más grande, del pensamiento social. Formula y codifica las reglas básicas inmutables para todas las personas, en todas partes, que deseen vivir juntos y en paz.

Y sin embargo esta teoría no nos dice mucho sobre la vida real. Es verdad que nos dice que todas las sociedades reales, en la medida en que se caracterizan por relaciones pacíficas, se adhieren, consciente o inconscientemente, a estas reglas y, por lo tanto, se guían por una visión racional. Pero no nos dice en qué medida este es el caso. Tampoco nos dice, incluso si la adhesión a estas reglas fuera completa, cómo viven realmente juntas las personas. No nos dice qué tan cercanos o lejanos viven, si, cuándo, qué tan frecuentes y prolongados, y con qué fines se encuentran e interactúan, etc. Para usar una analogía aquí: Conocer la teoría libertaria: las reglas de las interacciones pacíficas, es como conocer las reglas de la lógica, las reglas del pensamiento correcto y el razonamiento. Sin embargo, al igual que el conocimiento de la lógica, tan indispensable como es para el pensamiento correcto, no nos dice nada sobre el pensamiento humano real, sobre las palabras reales, los conceptos, los argumentos, las inferencias y las

conclusiones utilizadas y formuladas, por lo que la lógica de la interacción pacífica (el libertarismo) no nos dice nada sobre la vida y la acción humanas reales. Por lo tanto: así como todo lógico que quiera hacer un buen uso de su conocimiento debe dirigir su atención al pensamiento y al razonamiento reales, el teórico libertario debe dirigir su atención a las acciones de las personas reales. En lugar de ser un mero teórico, también debe convertirse en sociólogo y psicólogo y tener en cuenta la realidad social «empírica», es decir, el mundo como realmente es.

Esto me lleva al tema de la «Izquierda» y la «Derecha».

La diferencia entre la Derecha y la Izquierda, como ha señalado a menudo Paul Gottfried, es un desacuerdo fundamental con respecto a una cuestión *empírica*. La Derecha reconoce, *de hecho*, la existencia de diferencias y diversidades humanas individuales y las acepta como naturales, mientras que la izquierda niega la existencia de tales diferencias y diversidades o intenta explicarlas y, en cualquier caso, las considera como algo no natural que debe ser rectificado para establecer un estado natural de *igualdad* humana.

La Derecha reconoce la existencia de diferencias humanas individuales no solo con respecto a la ubicación física y la composición del entorno humano y del cuerpo humano individual (su altura, fuerza, peso, edad, género, color de piel, cabello u ojo, rasgos faciales, etc., etc.). Más importante aún, la Derecha también reconoce la existencia de diferencias en la composición *mental* de las personas, es decir, en sus habilidades cognitivas, talentos, disposiciones psicológicas y motivaciones. Reconoce la existencia de personas brillantes y aburridas, inteligentes y tontas, de corta y larga visión, ocupadas y perezosas, agresivas y pacíficas, dóciles e inventivas, impulsivas y pacientes, escrupulosas y descuidadas, etc., etc. La

Derecha reconoce que estas diferencias mentales, resultantes de la interacción del entorno físico y el cuerpo humano físico, son el resultado de *factores ambientales, fisiológicos* y biológicos. La Derecha además reconoce que las personas están unidas (o separadas) tanto físicamente en el espacio geográfico como emocionalmente por la sangre (características y relaciones biológicas), por el idioma y la religión, así como por las costumbres y tradiciones. Además, La Derecha no se limita a reconocer la existencia de estas diferencias y diversidades. También se da cuenta de que el resultado de las diferencias de entrada será asimismo diferente y resultará en personas con mucha o poca propiedad, en ricos y pobres, y en personas de alto o bajo estatus social, rango, influencia o autoridad. Y acepta estos diferentes resultados de diferentes insumos como normales y naturales.

La Izquierda, por otro lado, está convencida de la *igualdad* fundamental del hombre, de que todos los hombres son «creados iguales». Por supuesto, no niega lo claramente obvio: que existen diferencias ambientales y fisiológicas, es decir, que algunas personas viven en las montañas y otras en la costa, o que algunos hombres son altos y otros bajos, algunos blancos y otros negros, algunos hombres y otras mujeres, etc. Pero la izquierda niega la existencia de diferencias *mentales* o, en la medida en que éstas son demasiado evidentes para ser negadas por completo, trata de explicarlas como «accidentales». Es decir, la izquierda explica tales diferencias como únicamente determinadas desde el punto de vista ambiental, de manera que un cambio en las circunstancias ambientales (mover a una persona de las montañas a la orilla del mar y viceversa, por ejemplo, o darle a cada persona atención prenatal y postnatal idénticas) produciría un resultado igual, y niega que estas diferencias sean causadas (también) por algunos factores biológicos, comparativamente intratables. O bien, en aquellos casos

en los que no se puede negar que los factores biológicos desempeñan un papel causal en la determinación del éxito o el fracaso en la vida (dinero y fama), por ejemplo, cuando un hombre de 5 pies de altura no puede ganar una medalla de oro olímpica en la carrera de 100 metros o una chica gorda y fea no puede convertirse en Miss Universo, la izquierda considera estas diferencias como pura suerte y el resultado resultante del éxito o fracaso individual como inmerecido. En cualquier caso, ya sea por circunstancias ambientales ventajosas o desventajosas o por atributos biológicos, todas las diferencias humanas observables individuales deben ser igualadas. Y donde esto no se puede hacer literalmente, ya que no podemos mover montañas y mares o hacer que un hombre alto sea bajo o un hombre negro blanco, La Izquierda insiste en que el merecidamente «afortunado» debe compensar al «desafortunado» para que a cada persona se le otorgue una «posición igual en la vida», en correspondencia con la igualdad natural de todos los hombres.

Con esta breve caracterización de la Derecha y la Izquierda vuelvo al tema del libertarismo. ¿Es compatible la teoría libertaria con la cosmovisión de la Derecha? Y: ¿Es el libertarismo compatible con los puntos de vista Izquierdistas?

En cuanto a la Derecha, la respuesta es un enfático «sí». Todo libertario que solo esté vagamente familiarizado con la realidad social no tendrá ninguna dificultad en reconocer la verdad fundamental de la cosmovisión Derechista. Puede y, a la vista de la evidencia empírica, de hecho, debe estar de acuerdo con la afirmación empírica de la Derecha acerca de la desigualdad fundamental no solo física sino también mental del hombre; y, en particular, también puede estar de acuerdo con la afirmación normativa de «dejar hacer» de la Derecha, es decir, que esta desigualdad humana

natural inevitablemente también dará como resultado resultados *desiguales* y que nada puede o debe hacerse al respecto.

Sin embargo, solo hay una advertencia importante. Si bien la Derecha puede aceptar *todas* las desigualdades humanas, ya sea por puntos de partida o de resultados, como natural, el libertario insistiría en que solo esas desigualdades son naturales y no se debe interferir con las que han surgido siguiendo las reglas básicas de interacción humana pacífica mencionada al principio. Las desigualdades que son el resultado de *violaciones* de estas reglas, sin embargo, requieren una acción correctiva y *deben* eliminarse. Y, además, el libertario insistiría en que, como cuestión de hecho empírico, existen bastantes entre las innumerables desigualdades humanas observables que *son* el resultado de tales violaciones de las reglas, como los hombres ricos que deben su fortuna al trabajo duro, previsión, talento empresarial o bien un regalo voluntario o herencia, pero no a robo, fraude o privilegio de monopolio otorgado por el estado. La acción correctiva requerida en tales casos, sin embargo, no está motivada por el igualitarismo sino por un deseo de *restitución*: quien puede demostrar que ha sido robado, defraudado o legalmente en desventaja (y solo él) debe ser reparado por quienes han cometido estos delitos contra él y su propiedad (y solo aquellos), incluidos también los casos en que la restitución genere una desigualdad aún mayor (como cuando un hombre pobre defrauda y debe restituir a un rico).

Por otro lado, en cuanto a la Izquierda, la respuesta es un «no» igualmente enfático. La afirmación empírica de la izquierda es que no existen diferencias mentales significativas entre individuos y, por implicación, entre varios grupos de personas, y que lo que *parecen* ser tales diferencias se deben únicamente a factores ambientales y

desaparecerían si solo se igualara el entorno se contradice con todas las experiencias de la vida cotidiana y montañas de investigación social empírica. Los hombres no son ni pueden ser iguales y se intente lo que se intente a este respecto, las desigualdades siempre resurgirán. Sin embargo, es en particular el reclamo *normativo* implícito y la agenda activista de la Izquierda lo que la hace incompatible con el libertarismo. El objetivo de la izquierda de igualar a todos o igualar la «estación en la vida» de todos es incompatible con la propiedad privada, ya sea en el cuerpo de uno o en cosas externas. En lugar de una cooperación pacífica, genera un conflicto interminable y conduce al establecimiento decididamente *no igualitario* de una clase dominante permanente que establece que el resto de la gente es su «material» para igualarse. «Dado que», como lo formuló Murray Rothbard, «no hay dos personas uniformes o 'iguales' en ningún sentido en la naturaleza, o en los resultados de una sociedad voluntaria, para lograr y mantener tal igualdad necesariamente se requiere la imposición permanente de una élite en el poder, armada con un poder coercitivo devastador».²

Existen innumerables diferencias humanas individuales; y existen aún más diferencias entre los diferentes grupos de individuos, ya que cada individuo puede encajar en innumerables grupos diferentes. Es la élite en el poder la que determina cuál de estas diferencias, ya sea de individuos o de grupos, se considera como ventajosa y afortunada o desventajosa y desafortunada (o, por el contrario, como irrelevante). Es la élite en el poder la que determina cómo, de entre las innumerables formas posibles, *hacer* la «igualación» de los afortunados y desafortunados, es decir, qué y cuánto «tomar» de los afortunados y «dar» a los desafortunados para lograr la igualdad. En particular, es la élite en el poder, definiéndose a sí misma como desafortunada, lo

que determina qué y cuánto tomar de los afortunados y *mantenerlo para sí mismo*. Y nunca se producirá la igualación: dado que están reapareciendo constantemente innumerables nuevas diferencias y desigualdades, la tarea de igualación de la élite en el poder nunca puede llegar a un final natural, sino que debe continuar para siempre, sin fin.

Sin embargo, la cosmovisión igualitaria de la Izquierda no solo es incompatible con *el libertarismo*. Está tan fuera de contacto con la realidad que uno debe preguntarse cómo alguien puede tomarla en serio. El hombre de la calle ciertamente no cree en la igualdad de todos los hombres. El sentido común y el prejuicio sensato se interponen en su camino. Y estoy aún más convencido de que ninguno de los verdaderos defensores de la doctrina igualitaria realmente, en el fondo, cree lo que proclama. Sin embargo, ¿cómo pudo la visión del mundo de la Izquierda convertirse en la ideología dominante de nuestra era?

Al menos para un libertario, la respuesta debería ser obvia: la doctrina igualitaria logró este estatus no porque sea verdad, sino porque proporciona la cobertura intelectual perfecta para el impulso hacia el control social totalitario por parte de una élite gobernante. La élite gobernante, por lo tanto, contó con la ayuda de la «intelligentsia» (o la «clase charlatana»). Se colocó en la nómina o se subsidió de otro modo y, a cambio, entregó el mensaje igualitario deseado (que, sin embargo, sabe que está mal, pero es enormemente beneficioso para sus propias perspectivas de empleo). Así que los defensores más entusiastas de las tonterías igualitarias se pueden encontrar entre la clase intelectual.³

Dado, entonces, que el libertarismo y el igualitarismo que profesa la Izquierda son obviamente incompatibles, debe ser una sorpresa, y es un testimonio de los inmensos

poderes ideológicos de las élites gobernantes y sus intelectuales de la corte, que muchos de los que hoy se llaman libertarios son, y se consideran a sí mismos, parte de la Izquierda. ¿Cómo es posible tal cosa?

Lo que unifica ideológicamente a estos libertarios de izquierda es su promoción activa de varias políticas de «anti-discriminación» y su defensa de una política de inmigración «libre y no discriminatoria».⁴

Estos «libertarios», señaló Rothbard,

están fervientemente comprometidos con la idea de que, si bien cada individuo puede no ser «igual» que el otro, cada grupo, contingente étnico, raza, género o, en algunos casos, especies concebibles, son de hecho y deben ser «iguales», cada uno tiene «derechos» que no deben estar sujetos a restricciones por cualquier forma de «discriminación».⁵

Pero ¿cómo es posible reconciliar esta postura antidiscriminatoria con la propiedad privada, que se supone que todos los libertarios deben considerar como la piedra angular de su filosofía, y que, después de todo, significa propiedad *exclusiva* y, por lo tanto, *lógicamente implica discriminación*?

Los izquierdistas tradicionales, por supuesto, no tienen este problema. No piensan ni se preocupan por la propiedad privada. Dado que todos son iguales a todos los demás, el mundo y todo lo que existe y en él pertenece a todos por igual, toda propiedad es propiedad «común» y, como copropietarios del mundo, todos tienen, por supuesto, el mismo «derecho de acceso». A todas partes y a todo. Sin una armonía perfecta de todos los intereses, sin embargo, *no se puede* permitir que todos tengan la misma propiedad y el mismo acceso a todo y en todas partes *sin provocar un conflicto permanente*. Por lo tanto,

para evitar este problema, es necesario instituir un Estado, es decir, un monopolista territorial de la toma final de decisiones. La «propiedad común», es decir, requiere un Estado y se convertirá en «propiedad del Estado». Es el Estado el que finalmente determina no solo quién posee qué; sino que es también el Estado, entonces, el que determina en última instancia la asignación espacial de todas las personas: quién debe vivir y en dónde, tener permitido reunirse y tener acceso a quién, y la propiedad privada debe condenarse. Después de todo, serían *ellos*, la Izquierda, los que controlarían el Estado.

Pero esta vía de escape no está abierta a nadie que se haga llamar libertario. Debe tomar en serio la propiedad privada.

Psicológica o sociológicamente, la atracción de las políticas de no discriminación para los libertarios puede explicarse por el hecho de que un gran número proporcionalmente excesivo de ellos son inadaptados o simplemente raros o, por usar la descripción de Rothbard, «hedonistas, libertinos, inmoralistas, enemigos militantes de la religión..., vividores, estafadores y delincuentes y mafiosos», que se sintieron atraídos por el libertarismo debido a su supuesta 'tolerancia' hacia los inadaptados y atípicos, y que ahora quieren usarlo como un vehículo para liberarse de toda discriminación típica, en la vida cotidiana, repartidos a su gusto. Pero ¿cómo lo hacen «lógicamente»? Los libertarios de Izquierda, los *bleeding-heart* (corazón sangrante) libertarios y los libertarios humanistas y cosmopolitas no son simplemente izquierdistas. Conocen la importancia esencial de la propiedad privada. Sin embargo, ¿cómo pueden aparentemente conciliar *lógicamente* la noción de propiedad privada con su promoción de políticas contra la discriminación y, en particular, su propagación de una política de inmigración sin discriminación?

La respuesta corta es: colocando *toda* la propiedad privada actual y su distribución entre personas distintas bajo sospecha moral. Con esta afirmación, los libertarios izquierdistas caen en el error opuesto al cometido por la derecha no libertaria. Como se indicó, la derecha no libertaria comete el error de considerar todas (o al menos casi todas) las posesiones actuales de propiedades, incluyendo en particular las posesiones de propiedades del Estado, como naturales y justas. En clara oposición, un libertario reconocería e insistiría en que algunas propiedades actuales, y todas (o al menos la mayoría) las posesiones estatales, son demostrablemente antinaturales e injustas y, como tales, requieren restitución o indemnización. A la inversa, los libertarios de izquierda afirman que no solo todas o la mayoría de las tenencias del *Estado* son antinaturales e injustas (de esta admisión derivan su título de «libertario»), sino que también todas o la mayoría de las propiedades *privadas* son antinaturales e injustas. Y en apoyo de esta última afirmación, señalan el hecho de que todas las posesiones de propiedad privada actuales y su distribución entre varias personas se han visto afectadas, alteradas y distorsionadas por la acción y la legislación anteriores del Estado y que todo sería diferente y nadie estaría en el mismo lugar y posición en que se encuentra actualmente si no hubiera sido por tales interferencias previas del Estado.

Sin duda, esta observación es correcta. El Estado en su larga historia ha hecho que algunas personas sean más ricas y otras más pobres de lo que hubieran sido de otra manera. Mató a algunas personas y dejó que otras sobrevivieran. Traslada a la gente de un lugar a otro. Promovió algunas profesiones, industrias o regiones y previno o retrasó y cambió el desarrollo de otras. Otorgó privilegios y monopolios a algunas personas y discriminó legalmente a otras personas en desventaja, y así

sucesivamente. La lista de injusticias pasadas, de ganadores y perdedores, perpetradores y víctimas, no tiene fin.

Pero de este hecho indiscutible no se sigue que todas o la mayoría de las propiedades actuales sean moralmente sospechosas y necesiten una rectificación. Es verdad que la propiedad *estatal* debe restituirse, porque fue adquirida injustamente. Debe devolverse a sus propietarios naturales, es decir, a las personas (o sus herederos) que fueron obligados a «financiar» dicha propiedad «pública» entregando parte de su propiedad privada al Estado. Sin embargo, no me ocuparé ahora de este tema particular de «privatización».⁶ Más bien, es la afirmación de mayor alcance de que las injusticias del pasado también hacen que todas las propiedades *privadas actuales* sean moralmente sospechosas, lo que no se deduce e indudablemente no es verdad. De hecho, es probable que la mayoría de las tenencias privadas sean justas, independientemente de su historial, salvo en los casos en que un reclamante específico pueda demostrar que no lo es, y salvo en los casos en que lo haga. Sin embargo, la carga de la prueba recae en quienquiera que cuestione las posesiones y distribución de propiedades actuales. Debe demostrar que posee un título más antiguo de la propiedad en cuestión que su dueño actual. De lo contrario, si un reclamante no puede probar esto, todo debe permanecer como está actualmente.

O, para ser más específicos y realistas: Por el hecho de que Peter o Paul o sus padres, como miembros de cualquier grupo concebible de personas, fueron asesinados, desplazados, robados, asaltados o legalmente discriminados en el pasado y sus propiedades actuales y las posiciones sociales habrían sido diferentes si no hubiera sido por tales injusticias pasadas, no se sigue que ningún miembro presente de este grupo tenga un derecho

justo (de indemnización) contra la propiedad actual de otra persona (ni desde dentro ni desde fuera de su grupo). Más bien, en cada caso, Peter o Paul tendrían que demostrar, un caso tras otro, que él personalmente tiene un mejor derecho porque tiene un título más antiguo para una propiedad específica que un propietario actual, nombrado e identificado y presunto perpetrador. Ciertamente, existe un número considerable de casos en los que se puede hacer esto y se debe una indemnización o compensación. Pero con la misma certeza, con esta carga de la prueba para cualquiera que discuta cualquier distribución de propiedad actual, no se puede avanzar mucho en una agenda legal no discriminatoria. Por el contrario, el mundo occidental contemporáneo, está repleto de leyes de «acción afirmativa» que otorgan privilegios legales a varios «grupos protegidos» a costa de otros grupos correspondientes, respectivamente, desprotegidos y discriminados. Se produciría *más*, y no *menos* discriminación y desigualdad si, como exigiría la justicia, a todos los que de hecho *puedan* proporcionar dicha prueba individualizada de su victimización se les permitiera permitido hacerlo por parte del Estado y así entablar una demanda y solicitar reparación a su victimario.

Pero los libertarios de Izquierda (de corazón sangrante y los libertarios humanistas y cosmopolitas) no son exactamente conocidos como «luchadores» contra la «acción afirmativa». Más bien, y al contrario, para llegar a la conclusión a la que quieren llegar, se relajan o prescinden por completo del requisito de que alguien reclame ser víctima de ofrecer pruebas individualizadas de victimización. Por lo general, para mantener su estatus intelectual como libertarios, los libertarios de Izquierda lo hacen de manera silenciosa, subrepticia e incluso sin saberlo, pero en la práctica, al renunciar a este requisito fundamental de la justicia, reemplazan la propiedad

privada y los derechos de propiedad y las violaciones de derechos por la confusa noción de «derechos civiles» y «violación de los derechos civiles» y derechos individuales con «derechos de grupo» y, por lo tanto, se convierten en socialistas. Dado que el Estado ha perturbado y distorsionado todas las propiedades y distribuciones de propiedad privada, sin el requisito de una prueba individualizada de victimización, todos y todos los grupos imaginables pueden reclamar de manera fácil y sin demasiado esfuerzo intelectual cierto «victimismo» frente a cualquier otra persona o cualquier otro grupo.⁷

Aliviados de la carga de la prueba individualizada de victimismo, los libertarios de izquierda quedan esencialmente libres de restricciones en su «descubrimiento» de nuevas «víctimas» y «victimarios» de acuerdo con sus propias suposiciones igualitarias presupuestas. Hay que admitir que reconocen al Estado como un victimario institucional e invasor de los derechos de propiedad privada (de nuevo, esto se deriva de su afirmación de ser «libertarios»). Pero ven muchas más injusticias institucionales y estructurales y distorsiones sociales, muchas más víctimas y victimarios, y mucha más necesidad de restitución, compensación, y redistribución de la propiedad concomitante en el mundo actual que solo aquellas injusticias y distorsiones cometidas y causadas por el Estado y que deben resolverse y rectificarse reduciendo y, en última instancia, desmantelando y privatizando todas las posesiones y funciones del Estado. Incluso si el Estado fuera desmantelado, sostienen, como efectos tardíos y duraderos de su larga existencia anterior o de ciertas condiciones previas al Estado, se mantendrían otras distorsiones institucionales que requerían rectificación para crear una sociedad justa.

Las opiniones que sostienen los libertarios de Izquierda en este sentido no son completamente uniformes, pero normalmente difieren poco de las promovidas por los marxistas culturales. Asumen como «natural», sin mucho o ningún apoyo empírico y, de hecho, contra una evidencia abrumadora de lo contrario, una sociedad en gran parte «plana» y «horizontal» de «iguales», es decir, homogénea y esencialmente universal y mundial, personas con ideas afines y talentosas de un estatus y posición social y económica más o menos similares, y consideran que todas las desviaciones sistemáticas de este modelo son el resultado de la discriminación y originan el derecho a algún tipo de indemnización y restitución. En consecuencia, la estructura jerárquica de las familias tradicionales, de los roles sexuales y de la división del trabajo entre hombres y mujeres, se considera antinatural. De hecho, se ven con sospecha todas las jerarquías sociales y órdenes de autoridad de rango vertical, de jefes y jefes de clan, de patrocinadores, nobles, aristócratas y reyes, de obispos y cardenales, de «jefes» en general, y de sus respectivos subalternos o subordinados. De manera similar, se consideran antinaturales todas las disparidades grandes o «excesivas» de ingresos y riqueza, del llamado «poder económico», y la existencia tanto de una clase oprimida como de una clase superior de personas y familias super-ricas. Además, las grandes corporaciones industriales y financieras y los conglomerados se consideran criaturas artificiales del Estado. Y también son sospechosas, antinaturales y necesitan reparación todas las asociaciones, sociedades, congregaciones, iglesias y clubes exclusivos, y toda segregación, separación y secesión territorial, ya sea por clase, género, raza, etnia, linaje, idioma, religión, profesión, intereses, costumbres, o tradición.

Desde ese punto de vista, los grupos de «víctimas» y sus «victimarios» son fácilmente identificables. Resulta que las «víctimas» constituyen la gran mayoría de la humanidad. Todos y cada grupo concebible es una «víctima», excepto una pequeña parte de la humanidad compuesta de blancos. Los varones heterosexuales (incluidos los del norte de Asia), llevan una vida familiar tradicional, burguesa. Estos, y especialmente los más creativos y exitosos entre ellos (excluyendo de manera interesante solo a las celebridades ricas en deportes o el mundo del espectáculo), son los «victimarios» de todos los demás. Ambos grupos solo difieren en la causa de este «estado estructural de victimización» similarmente identificado, descrito y deplorado. Para los marxistas culturales, la causa de este estado de afinidad es la propiedad privada y el capitalismo desenfrenado basado en los derechos de propiedad privada. Para ellos, la respuesta de cómo reparar el daño causado es clara y fácil. Toda la restitución, compensación y redistribución necesarias deben ser realizadas por el Estado, *que* presumiblemente controlan.

Para los libertarios de Izquierda, esta respuesta no funciona. Se supone que están a favor de la propiedad privada y la privatización de la propiedad estatal. No pueden hacer que el Estado haga la restitución, porque como libertarios se supone que deben dismantelar y, en última instancia, abolir el Estado. Sin embargo, quieren más restitución que solo la resultante de la privatización de todos los llamados bienes públicos. Abolir el Estado no es suficiente para crear una sociedad justa. Se necesitan más cosas para compensar a la gran mayoría de víctimas que acabamos de mencionar.

¿Pero qué? ¿Y por qué motivo? Siempre que haya una prueba individualizada de victimización, es decir, si alguna persona A puede demostrar que otra persona B invadió o

tomó la propiedad de A, o viceversa, ¡no existe ningún problema! El caso es claro. Pero a falta de tal prueba, ¿qué otra cosa es que los «victimarios» deben a sus «víctimas» y por qué motivos? ¿Cómo determinar quién le debe a quién cuánto y de qué? ¿Y cómo implantar este esquema de restitución en ausencia de un Estado y sin pisotear los derechos de propiedad privada de otra persona? Esto plantea el problema intelectual central para cualquier autodenominado *libertario de Izquierda*.

No es sorprendente que la respuesta dada por estos a este desafío resulte evasiva y vaga. De todo lo que puedo colegir, no es más que una exhortación. Como lo ha resumido un agudo observador de la escena intelectual: «¡Sé amable!» Más exactamente: tú, tu pequeño grupo de «victimizadores», siempre debes ser especialmente «amable», indulgente e inclusivo con respecto a todos los miembros de la gran mayoría de las «víctimas», es decir, la larga y familiar lista de todos, excepto los hombres blancos y heterosexuales. Y en cuanto a la aplicación de la ley: todos los «victimarios» que no demuestren el debido respeto a algún miembro de la clase víctima, es decir, los victimarios que son «desagradables», implacables o exclusivos, o que dicen cosas «desagradables» o irrespetuosas sobre ellos ¡deben ser rechazados, humillados, y sometidos a obediencia!

A primera vista u oído, esta propuesta de cómo hacer una restitución, como cabe esperar de personas «buenas», puede parecer, bueno, bienintencionado, inofensivo y sencillamente «agradable». De hecho, sin embargo, es todo menos un consejo «bueno» e inofensivo. Es incorrecto y peligroso.

En primer lugar: ¿Por qué alguien debería ser particularmente amable con alguien más, aparte de respetar los respectivos derechos de propiedad privada en ciertos medios físicos (bienes) específicos? Ser amable es

una acción deliberada y toma un esfuerzo, como todas las acciones. Hay costos de oportunidad. El mismo esfuerzo podría también realizarse para otros fines. De hecho, muchas, si no la mayoría de nuestras actividades, se llevan a cabo solas y en silencio, sin ninguna interacción directa con los demás, como cuando preparamos nuestra comida, manejamos nuestro auto o leemos y escribimos. El tiempo dedicado a la «amabilidad con los demás» es tiempo perdido para hacer otras cosas, tal vez más valiosas. Además, la amabilidad debe estar justificada. ¿Por qué debería ser amable con las personas que son desagradables conmigo? La cortesía debe ser merecida. La amabilidad indiscriminada disminuye y, en última instancia, extingue la distinción entre conducta meritoria y defectuosa. Se dará demasiada amabilidad a las personas que no lo merecen y muy poca a los merecedores, por lo que el nivel general de maldad aumentará y la vida pública será cada vez más desagradable.

Además, también hay personas genuinamente malvadas que hacen cosas verdaderamente malvadas a los propietarios reales de bienes privados, sobre todo a las élites gobernantes a cargo del aparato estatal, como todo libertario tendría que admitir. ¡Seguramente uno no tiene obligación de ser amable con *ellos*! Y, sin embargo, al recompensar a la gran mayoría de las «víctimas» con amor, cariño y atención adicionales, se logra precisamente esto: se dedica menos tiempo y esfuerzo a exhibir un comportamiento desagradable hacia quienes realmente lo merecen. Así el poder del Estado no se verá debilitado por la «amabilidad» universal, sino que se fortalecerá.

¿Y por qué es en particular la pequeña minoría de hombres blancos y heterosexuales, y especialmente de sus miembros más exitosos, la que le debe un poco de bondad extra a la gran mayoría de todas las demás

personas? ¿Por qué no al revés? Después de todo, la mayoría, si no todas, las invenciones técnicas, máquinas, herramientas y aparatos en uso actual en cualquier lugar y en cualquier lugar, de los cuales dependen en gran medida y de manera decisiva nuestros estándares de vida y comodidades actuales se originaron en *ellos*. Todas las demás personas, en general, solo imitaron lo que estos habían inventado y construido *primero*. Todos los demás heredaron el conocimiento incorporado en los productos de los inventores de forma gratuita. ¿Y no es el hogar familiar jerárquico blanco típico del padre, la madre, sus hijos comunes y los posibles herederos, y su conducta y estilo de vida «burgueses», es decir, todo lo que la izquierda desprecia y difama, el modelo económico más exitoso de la organización social que el mundo ha visto, con la mayor acumulación de bienes de capital (riqueza) y los más altos estándares de vida? ¿Y no es solo por los grandes logros económicos de esta minoría de «victimarios» que un número cada vez mayor de «víctimas» pueda integrarse y participar en las ventajas de una red mundial de la división del trabajo? ¿Y no es solo por el éxito del tradicional modelo de familia blanca y burguesa que los llamados «estilos de vida alternativos» han podido aparecer y mantenerse a lo largo del tiempo? ¿Entonces la mayoría de las «víctimas» de hoy no deben, literalmente, sus vidas y su vida actual a los logros de sus presuntos «victimarios»?

¿Por qué las «víctimas» no tienen un respeto especial hacia sus «victimarios»? ¿Por qué no otorgar un honor especial al logro económico y al éxito en lugar de al fracaso, y por qué no alabar especialmente los estilos de vida y la conducta tradicionales y «normales» en lugar de cualquier alternativa anormal que requiera, como condición necesaria de su propia existencia continua, una preexistencia de una sociedad circundante dominante de personas «normales» con estilos de vida «normales»?

Llegaré en breve a la respuesta aparente a estas preguntas retóricas. Antes, sin embargo, debo abordarse brevemente un segundo error estratégico en el consejo libertario de la Izquierda sobre una especial amabilidad hacia las «víctimas históricas».

Curiosamente, los grupos de «víctimas» identificados por los libertarios de izquierda y los marxistas culturales difieren poco o nada de los grupos identificados como «desfavorecidos» y que necesitan compensación también por parte del Estado. Si bien esto no representa un problema para los marxistas culturales y puede interpretarse como un indicador del grado de control que ya han adquirido del aparato estatal, para los *libertarios* de izquierda esta coincidencia debería ser motivo de preocupación intelectual. ¿Por qué el Estado perseguiría el mismo o similar fin de la «no discriminación» de las «víctimas» por los «victimarios» que ellos, también, quieren lograr, aunque solo sea por diferentes medios? Los libertarios de Izquierda suelen ser ajenos a esta pregunta. Y, sin embargo, para cualquiera que tenga un poco de sentido común, la respuesta debe ser evidente.

Para alcanzar el control total sobre cada persona individual, el Estado debe perseguir una política de *divide et impera*. Debe debilitar, socavar y, en última instancia, destruir a todos los demás centros rivales de autoridad social. Lo más importante es que debe debilitar el hogar familiar tradicional, patriarcal, y especialmente el hogar familiar independientemente rico, como centros autónomos de toma de decisiones al sembrar y legislar conflictos entre esposas y esposos, hijos y padres, mujeres y hombres, ricos y pobres. Además, todas las órdenes jerárquicas y los rangos de autoridad social, todas las asociaciones exclusivas y todas las lealtades y vínculos personales, ya sea a una familia, comunidad, etnia, tribu, nación, raza, idioma, religión, costumbre o tradición en

particular, excepto el apego a un Estado cual sujeto ciudadano y titular de pasaporte, deben ser debilitadas y finalmente destruidas.

¡Y qué mejor manera de hacer esto que aprobar leyes contra la discriminación!

En la práctica, al prohibir toda discriminación basada en el género, la orientación sexual, la edad, la raza, la religión, el origen nacional, etc., un gran número de personas son declaradas «víctimas» certificadas por el Estado. Las leyes contra la discriminación, por tanto, son un llamamiento oficial a todas las «víctimas» para que encuentren culpas y se quejen al Estado de sus «opresores» favoritos, y especialmente los más ricos entre ellos, y sus «opresivas». maquinaciones, es decir, su «sexismo», «homofobia», «chovinismo», «nativismo», «racismo», «xenofobia» o lo que sea, para que el Estado responda a tales quejas reduciendo el tamaño de los «opresores», es decir, despojándolos sucesivamente de sus propiedades y su autoridad y, en consecuencia, expandir y fortalecer su propio poder monopólico frente a una sociedad cada vez más debilitada, fragmentada, fraccionada y deshomogenizada.

Por tanto, paradójicamente, y contrariamente a su autoproclamado objetivo de querer reducir o incluso eliminar al Estado, los libertarios izquierdistas con su peculiar e igualitaria victimología se convierten en cómplices del Estado y contribuyen efectivamente al engrandecimiento de su poder. De hecho, la visión libertaria de izquierda de una sociedad multicultural libre de discriminación es, por usar la frase de Peter Brimelow, «viagra para el Estado».

Lo que me lleva a mi tema final.

El papel del libertarismo de la izquierda como Viagra para el Estado se hace aún más evidente cuando se considera su postura sobre la cuestión cada vez más virulenta de la migración. Los libertarios de izquierda son típicamente defensores ardientes, en particular, de una política de inmigración «libre y no discriminatoria». Si critican la política de inmigración del Estado, no es por el hecho de que sus restricciones de entrada sean las restricciones equivocadas, es decir, porque no sirven para proteger los derechos de propiedad de los ciudadanos nacionales, sino por el hecho de que impone restricciones a la inmigración en general.

Pero ¿por qué motivo debería existir un derecho a la inmigración «libre» sin restricciones? Nadie tiene derecho a mudarse a un lugar ya ocupado por otra persona, a menos que haya sido invitado por el ocupante actual. Y si todos los lugares ya están ocupados, toda la migración es solo por invitación. El derecho a la inmigración «libre» existe solo para el país virgen, para la frontera abierta.

Hay solo dos maneras de tratar de sortear esta conclusión y aun así rescatar la noción de inmigración «libre». El primero es colocar a todos los ocupantes del lugar actual y sus ocupaciones bajo sospecha moral. Para este propósito, se habla mucho del hecho de que todas las ocupaciones de lugares actuales han sido afectadas por acciones previas del Estado, la guerra y la conquista. Y es cierto que las fronteras estatales se han trazado y rediseñado, las personas han sido desplazadas, deportadas, asesinadas y reasentadas, y los proyectos de infraestructura financiados por el estado (camino, instalaciones de transporte público, etc.) han afectado el valor y el precio relativo de casi todos los lugares y han alterado la distancia de viaje y el costo entre ellos. Sin embargo, como ya se explicó en un contexto ligeramente diferente, de este hecho indiscutible no se sigue que

ningún ocupante presente tenga derecho a migrar a ningún otro lugar (excepto, por supuesto, cuando posea ese lugar o tenga permiso de su actual propietario). El mundo no pertenece a todos.

La segunda salida posible es afirmar que todas las llamadas propiedades públicas, propiedades controladas por el gobierno local, regional o central, son similares a la frontera abierta, con acceso libre y sin restricciones. Sin embargo, esto es ciertamente erróneo. Del hecho de que la propiedad del Estado es ilegítima porque se basa en expropiaciones anteriores, no se deduce que sea de propiedad exclusiva y gratuita para todos. Ha sido financiada a través de pagos de impuestos locales, regionales, nacionales o federales, y son por tanto los que pagan estos impuestos, y nadie más, los que son los dueños legítimos de toda propiedad pública. No pueden ejercer su derecho, ese derecho ha sido arrogado por el Estado, pero *ellos* son los legítimos propietarios.

En un mundo donde todos los lugares son de propiedad privada, el problema de la inmigración desaparece. No existe derecho a la inmigración. Sólo existe el derecho a comerciar, comprar o alquilar varios lugares. Sin embargo, ¿qué pasa con la inmigración en el mundo real con propiedad pública administrada por gobiernos estatales locales, regionales o centrales?

En primer lugar, ¿cómo serían las políticas de inmigración si el Estado, como se supone que debe hacer, actúe como fideicomisario de la propiedad pública de los contribuyentes? ¿Qué pasa con la inmigración si el Estado actúa como el administrador de la propiedad comunitaria de propiedad conjunta y financiada por los miembros de una asociación de vivienda o comunidad cerrada?

Al menos en principio la respuesta es clara. La pauta de un fideicomisario con respecto a la inmigración sería el

«costo total» al principio. Es decir, el inmigrante o su residente acogedor deben pagar el costo total del uso que el inmigrante haga de todos los bienes o instalaciones públicos durante su presencia. El costo de la propiedad comunitaria financiada por los contribuyentes residentes no debe aumentar o su calidad disminuir debido a la presencia de inmigrantes. Por el contrario, si es posible, la presencia de un inmigrante debería generar ganancias para los residentes-propietarios, ya sea en forma de impuestos más bajos o tarifas comunitarias o una calidad más alta de la propiedad comunitaria (y, por lo tanto, casi todos los valores de propiedad más altos).

Qué implica en concreto la aplicación del principio del costo total depende de las circunstancias históricas, es decir, en particular de la presión de la inmigración. Si la presión es baja, la entrada inicial en las vías públicas puede no estar restringida por completo a los «extranjeros» y todos los costos asociados con los inmigrantes son totalmente asumidos por los residentes nacionales con la expectativa de los beneficios nacionales. Toda la discriminación posterior se dejaría a los propietarios-residentes individuales. (Esto, por cierto, se parece mucho al estado de cosas tal como existía en el mundo occidental hasta la Primera Guerra Mundial). Pero incluso así, la misma generosidad probablemente no se extendería al uso que hacen los inmigrantes de hospitales públicos, escuelas, universidades, viviendas, piscinas, parques, etc. La entrada a tales instalaciones no sería «gratuita» para los inmigrantes. Por el contrario, a los inmigrantes se les cobraría un precio más alto por su uso que a los propietarios residentes locales que han financiado estas instalaciones, a fin de reducir la carga tributaria nacional. Y si un visitante inmigrante-temporal quisiera convertirse en un residente permanente, cabría esperar que pague un precio de admisión, que se remitirá

a los propietarios actuales como compensación por el uso adicional que se haga de su propiedad de la comunidad.

Por otro lado, si la presión de inmigración es alta, como ocurre actualmente en todo el mundo occidental, dominado por hombres blancos heterosexuales, es posible que deban emplearse medidas más restrictivas con el mismo propósito de proteger la propiedad privada y común de los dueños residentes. Puede haber controles de identidad no solo en los puertos de entrada, sino también a nivel local, a fin de mantener alejados a los delincuentes conocidos y, por lo demás, a la gentuza indeseable. Y, aparte de las restricciones específicas impuestas a los visitantes por los propietarios-residentes individuales con respecto al uso de sus diversas propiedades privadas, también pueden existir restricciones locales más generales para el ingreso. Algunas comunidades especialmente atractivas pueden cobrar una tarifa de entrada para cada visitante (excepto para los invitados de los residentes) que se remitirán a los propietarios residentes, o requerir un cierto código de conducta con respecto a todas las propiedades de la comunidad. Y los requisitos de residencia permanente de propiedad para algunas comunidades pueden ser muy restrictivos e involucrar exámenes intensivos de antecedentes y un alto precio de admisión, como sigue siendo el caso en algunas comunidades suizas.

Pero claro: esto *no* es lo que hace el *Estado*. Las políticas de inmigración de los Estados que se enfrentan a la mayor presión de inmigración, de los Estados Unidos y Europa Occidental, tienen poca semejanza con las acciones de un fideicomisario. No siguen el principio del costo total. No le dicen al inmigrante esencialmente que «pague o se vaya». Por el contrario, le dicen «una vez dentro, puedes quedarte y usar no solo todas las carreteras, sino todo tipo de instalaciones y servicios

públicos gratuitos o a precios reducidos, incluso si no pagas». Es decir, *subsidian* a los inmigrantes, o más bien: obligan a los contribuyentes nacionales a subvencionarlos. En particular, también subsidian a los empleadores nacionales que importan trabajadores extranjeros más baratos. Debido a que dichos empleadores pueden externalizar parte de los costos totales asociados con su empleo, el uso gratuito que deben realizar sus empleados extranjeros de todas las propiedades e instalaciones públicas residentes, a otros contribuyentes nacionales. Y aún más subsidian la inmigración (migración interna) a expensas de los contribuyentes residentes para prohibir, por medio de las leyes de no discriminación, no solo todas las restricciones internas y locales de entrada, sino también y cada vez más todas las restricciones relacionadas con la entrada y el uso de toda propiedad *privada* interna.

Y en cuanto a la entrada inicial de inmigrantes, ya sea como visitantes o como residentes, los Estados no discriminan sobre la base de características *individuales* (como lo haría un fideicomisario, y como lo haría todo propietario privado, con respecto a su propiedad), sino sobre la base de *grupos* o *clases* de personas, es decir, sobre la base de la nacionalidad, etnia, etc. No aplican un estándar de admisión uniforme: de verificar la identidad del inmigrante, de realizar algún tipo de verificación de crédito y posiblemente cobrarle una tarifa de ingreso. En su lugar, permiten que algunas clases de extranjeros ingresen gratis, sin ningún requisito de visado, como si fueran residentes que regresan. Por lo tanto, por ejemplo, todos los rumanos o búlgaros, independientemente de sus características individuales, son libres de emigrar a Alemania o los Países Bajos y permanecer allí para hacer uso de todos los bienes e instalaciones públicas, incluso si no pagan y viven a costa de los contribuyentes alemanes u holandeses. Pasa lo mismo con los puertorriqueños *frente*

a Estados Unidos y los contribuyentes estadounidenses, y también con los mexicanos, a quienes en la práctica se les permite ingresar ilegalmente a los Estados Unidos, como intrusos no invitados y no identificados. Por otro lado, otras clases de extranjeros están sujetas a restricciones minuciosas de visado. Así, por ejemplo, todos los turcos, de nuevo independientemente de sus características individuales, deben someterse a un procedimiento intimidante de visado y se les puede impedir por completo viajar a Alemania o los Países Bajos, incluso si han sido invitados y cuentan con fondos suficientes para pagar todos los costes asociados a su presencia.

Los contribuyentes residentes propietarios se ven así perjudicados doblemente: una vez al incluir indiscriminadamente a algunas clases de inmigrantes, incluso si *no pueden* pagar, y por otra parte, excluyendo indiscriminadamente a otras clases de inmigrantes, incluso si *pueden*.

Sin embargo, los libertarios de Izquierda no critican esta política de inmigración por ser contraria a la de un fideicomisario de una propiedad pública que en última instancia es propiedad de los contribuyentes internos privados, es decir, por no aplicar el principio del costo total y, por lo tanto, discriminar *erróneamente*, sino por discriminar. La inmigración gratuita y no discriminatoria para ellos significa que la entrada sin visado y la residencia permanente estarían disponibles para todos, es decir, para todo inmigrante potencial en igualdad de condiciones e independientemente de las características individuales o la capacidad de pagar el costo total de la estadía. Todos están invitados a permanecer en Alemania, los Países Bajos, Suiza o los Estados Unidos, por ejemplo, y a hacer uso gratuito de todas las instalaciones y servicios públicos nacionales.

Hay que reconocer que los libertarios de Izquierda reconocen algunas de las consecuencias que esta política tendría en el mundo actual. Ausente de cualquier otra restricción de entrada, interna o local, relacionada con el uso de bienes y servicios públicos nacionales y cada vez también más ausentes todas las restricciones de entrada relacionadas con el uso de propiedad privada nacional (debido a innumerables leyes contra la discriminación), el resultado predecible sería una afluencia masiva de inmigrantes del tercer y segundo mundo a los Estados Unidos y Europa Occidental y el rápido colapso del actual sistema doméstico de «bienestar público». Los impuestos tendrían que aumentarse considerablemente (reduciendo aún más la economía productiva) y los bienes y servicios públicos se deteriorarían drásticamente. Se generaría una crisis financiera de magnitud sin paralelo.

Sin embargo, ¿por qué sería este un objetivo deseable para cualquiera que se llame libertario? Es cierto que el sistema de bienestar público financiado con impuestos debe ser eliminado, de raíz y rama. Pero la inevitable crisis que provocaría una política de inmigración «gratuita» no produce este resultado. Todo lo contrario: Las crisis, como es sabido por todos los que están familiarizados con la historia, son usualmente utilizadas y con frecuencia inventadas por los Estados para aumentar aún más su propio poder. Y seguramente la crisis producida por una política de inmigración «libre» sería extraordinaria.

Lo que los libertarios de Izquierda suelen ignorar en su apreciación indiferente o incluso simpática de la crisis predecible es el hecho de que los inmigrantes que causaron el colapso todavía están físicamente presentes cuando ocurre. Para los libertarios de Izquierda, debido a sus preconcepciones igualitarias, este hecho no implica ningún problema. Para ellos, todas las personas son más o menos iguales y, por lo tanto, un aumento en el número

de inmigrantes no tiene más impacto que un aumento de la población nacional a través de una tasa de natalidad más alta. Sin embargo, para todos los realistas sociales, para todos los que tengan sentido común, esta premisa es evidentemente falsa y potencialmente peligrosa. Un millón más de nigerianos o árabes que viven en Alemania o un millón más de mexicanos o hutus o tutsis que residen en los Estados Unidos es una cosa bastante diferente a un millón más de alemanes o estadounidenses criados en casa. Con millones de inmigrantes del tercer y segundo mundo presentes cuando llega la crisis y dejan de llegar los cheques de pago, es altamente improbable que se produzca un resultado pacífico y que surja un orden social natural basado en la propiedad privada. Más bien, es mucho más probable y, de hecho, casi seguro que estallarán guerras civiles, saqueos, vandalismo y guerras de pandillas tribales o étnicas, y se volverá cada vez más inconfundible el llamado a un Estado-hombre fuerte.

¿Por qué, entonces, podría preguntarse uno, el Estado no adopta la política de inmigración «libre» de la izquierda libertaria y aprovecha la oportunidad que ofrece la crisis previsible para fortalecer aún más su propio poder? A pesar de sus políticas internas de no discriminación y también sus políticas actuales de inmigración, el Estado ya ha hecho mucho por fragmentar a la población interna y aumentar así su propio poder. Una política de «libre inmigración» agregaría otra enorme dosis de «multiculturalismo» no discriminatorio. Fortalecería aún más la tendencia hacia la des-homogeneización social, la división y la fragmentación, y debilitaría aún más al tradicional hombre blanco heterosexual que dominaba el orden social y la cultura «burguesa» asociados con «Occidente».

Sin embargo, la respuesta a «¿por qué no?» parece sencilla. En contraste con los libertarios de Izquierda, las

elites gobernantes son todavía lo suficientemente realistas como para darse cuenta de que, además de las grandes oportunidades para el crecimiento del Estado, la crisis predecible también conllevaría un riesgo incalculable y podría conducir a trastornos sociales de tales proporciones que ellos mismos podrían ser barridos fuera del poder y reemplazados por otras élites «extranjeras». En consecuencia, las elites gobernantes solo avanzan gradualmente, paso a paso, en su camino hacia un «multiculturalismo no discriminatorio». Y, sin embargo, están contentos con la propaganda de «inmigración libre» de la Izquierda libertaria, porque ayuda al Estado no solo a mantener el rumbo actual *divide et impera*, sino para seguir adelante a un ritmo acelerado.

Así que, contrariamente a sus propios pronunciamientos y pretensiones antiestatistas, la peculiar victimología libertaria de Izquierda y su demanda de amabilidad indiscriminada y la inclusión *con respecto* a la larga y familiar lista de «víctimas» históricas, incluyendo en particular también a todos los extranjeros en cuanto inmigrantes potenciales, en realidad resulta ser una receta para un mayor crecimiento del poder estatal. Los marxistas culturales lo saben, y esa es la razón por la que adoptaron la misma victimología. Los libertarios de Izquierda aparentemente no lo saben y, por lo tanto, son tontos útiles de los marxistas culturales en su marcha hacia el control social totalitario.

Permítanme llegar a una conclusión y volver al libertarismo y al tema de la Izquierda y la Derecha, y por lo tanto también responder a mis preguntas retóricas anteriores sobre la peculiar victimología de la Izquierda y su significación.

No puede haber un *libertario de Izquierda* coherente, porque la doctrina libertaria de Izquierda, aunque no intencionada, promueve el estatismo, es decir, los fines no

libertarios. A partir de esto, muchos libertarios han llegado a la conclusión de que el libertarismo no es ni de izquierda ni de derecha. Eso es simplemente libertarismo «diluido». No acepto esta conclusión. Tampoco, aparentemente, lo hizo Murray Rothbard, cuando terminó la cita antes expuesta diciendo: «pero psicológicamente, sociológicamente y en la práctica, simplemente no funciona de esa manera». De hecho, me considero un libertario de derecha o, si eso puede sonar más atractivo, un libertario realista o de sentido común y coherente con ello.

Es verdad que la doctrina libertaria es una teoría puramente apriorística y deductiva y, como tal, no dice ni implica nada acerca de las afirmaciones enfrentadas de la Derecha y la Izquierda con respecto a la existencia, el alcance y las causas de las desigualdades humanas. Es una cuestión *empírica*. Pero en esta pregunta, la Izquierda es en gran parte irrealista, equivocada y carece de sentido común, mientras que la Derecha es realista, esencialmente correcta y sensata. Por lo tanto, no puede haber nada de malo en aplicar una correcta teoría apriorista de cómo es posible la cooperación humana pacífica para una descripción realista, es decir, fundamentalmente correcta, del mundo. Porque solo sobre la base de suposiciones empíricas correctas sobre el hombre es posible llegar a una evaluación correcta con respecto a la implementación práctica y la sostenibilidad de un orden social libertario.

Entonces, de manera realista, un libertario de Derecha no solo reconoce que las capacidades físicas y mentales se distribuyen de manera desigual entre los distintos individuos *dentro* de cada sociedad y que, en consecuencia, cada sociedad se caracterizará por incontables desigualdades, por la estratificación social y por una multitud de órdenes de rangos de cumplimiento y

autoridad. También reconoce que tales capacidades están distribuidas de manera desigual entre las *diferentes* sociedades que coexisten en el mundo y que, en consecuencia, también el mundo en su conjunto se caracterizará por desigualdades regionales y locales, disparidades, estratificación y órdenes de rangos. En cuanto a los individuos, tampoco todas las sociedades son iguales ni están a la par. Además, advierte que, entre estas habilidades distribuidas de manera desigual, tanto dentro de una sociedad determinada como entre diferentes sociedades, está también la capacidad mental de reconocer los requisitos y los beneficios de la cooperación pacífica. Y se da cuenta de que la conducta de los diversos Estados regionales o locales y sus respectivas élites de poder que han surgido de diferentes sociedades puede servir como un buen indicador de los diversos grados de *desviación* del reconocimiento de los principios libertarios en tales sociedades.

Más específicamente, nota de manera realista que el libertarismo, como sistema intelectual, se desarrolló por primera vez y fue más desarrollado en el mundo occidental, por hombres blancos, en sociedades dominadas por hombres blancos. Esto es, en las sociedades dominadas por hombres heterosexuales blancos, donde la adhesión a los principios libertarios es más grande y las desviaciones de ellos menos severa (como lo indican las políticas del Estado, comparativamente menos malvadas y extorsionadoras). Es decir, son los hombres heterosexuales blancos los que han demostrado el mayor ingenio, industria y destreza económica. Y son las sociedades dominadas por hombres heterosexuales blancos, y en particular por los más exitosos entre ellos, la que han producido y acumulado la mayor cantidad de bienes de capital y han alcanzado los niveles de vida promedio más altos.

A la luz de esto, como libertario de Derecha, desde luego diría en primer lugar a mis hijos y estudiantes: respete siempre y no invada nunca los derechos de propiedad privada de otros y reconozca al Estado como un enemigo y, de hecho, la antítesis de la propiedad privada. Pero no me quedaría ahí. No diría (o insinuaría en silencio) que una vez que se haya cumplido con este requisito, «todo vale». ¡Que es más o menos lo que los libertarios «diluidos» parecen estar diciendo! No sería un relativista cultural como lo son, al menos implícitamente, la mayoría de los libertarios «diluidos». En su lugar, añadiría (como mínimo): sé y haz lo que te haga feliz, pero ten siempre en cuenta que mientras seas parte integrante de la división mundial del trabajo, tu existencia y bienestar dependerán de manera decisiva de la existencia continua de los demás, y especialmente de la existencia continua de sociedades dominadas por hombres heterosexuales blancos, sus estructuras familiares patriarcales y su estilo de vida y conducta burguesa o aristocrática. Por lo tanto, incluso si no deseas participar en eso, reconoce que todavía eres un beneficiario de este modelo «occidental» estándar de organización social y, por tu propio bien, no haga nada para socavarlo, sino apóyalo como algo que hay que respetar y proteger.

Y a la larga lista de «víctimas» les diría: haz lo tuyo, vive tu propia vida, siempre y cuando lo hagas de manera pacífica y sin invadir los derechos de propiedad privada de otras personas. Si y en la medida en que se integre en la división internacional del trabajo, no debes indemnizar a nadie ni nadie te debe indemnizar. Tu coexistencia con sus supuestos 'victimarios' es mutuamente beneficiosa. Pero ten en cuenta que, si bien los «victimarios» podrían vivir y prescindir de ti, aunque en un nivel de vida más bajo, lo contrario no es cierto. La desaparición de los «victimarios» pondría en peligro tu propia existencia. Por lo tanto, incluso si no quieres modelarte en el ejemplo

proporcionado por la cultura masculina blanca, ten en cuenta que solo debido a la existencia continua de este modelo pueden mantenerse todas las culturas alternativas en su nivel actual de vida y que con la desaparición de este modelo «occidental» como *Leitkultur* eficaz a nivel mundial, la existencia de muchas, si no de todas las demás «víctimas», estaría en peligro.

Eso no significa que no se tenga que criticar al mundo «occidental», dominado por los hombres blancos. Después de todo, incluso estas sociedades que siguen más de cerca este modelo también tienen a sus diversos Estados responsables de actos de agresión reprensibles, no solo contra sus propios propietarios nacionales, sino también contra extranjeros. Pero ni en el lugar donde vives ni en ningún otro lugar se debe confundir al Estado con «la gente». No es el Estado «occidental», sino el estilo de vida «tradicional» (normal, estándar, etc.) y la conducta de los «pueblos» occidentales, que ya están siendo atacados cada vez más por sus «propios» gobernantes del Estado en su impulso hacia el control social totalitario, el que merece tu respeto y del cual eres un beneficiario.

Notas

1. Cursivas más. Murray Rothbard, «*Big-Government Libertarians*,» en Lew Rockwell, ed., *The Irrepressible Rothbard* (Auburn, AL: Insitituto Mises, 2000), p. 101

2. Murray N. Rothbard, «*Egalitarianism and the Elites*,» *Review of Austrian Economics* 8, no. 2 (1995): 45.

3. Murray Rothbard los ha enumerado: «académicos, moldeadores de opinión, periodistas, escritores, élites mediáticas, trabajadores sociales, burócratas, consejeros, psicólogos, consultores de personal, y especialmente para los siempre aceleradores del nuevo igualitarismo grupal,

un verdadero ejército de "terapeutas" y entrenadores de sensibilidad. Además, por supuesto, ideólogos e investigadores para imaginar y descubrir nuevos grupos que necesitan del igualitarismo». (Ibid., p. 51).

4. En cuanto a aquellos hoy en día llamados libertarios es ser considerado como izquierdista, hay una prueba de fuego: la posición adoptada durante las primarias presidenciales recientes sobre el Dr. Ron Paul, quien es sin duda el más puro de los libertarios que jamás haya ganado el reconocimiento nacional y político e incluso la atención y el reconocimiento internacional. Los libertarios de la Beltway alrededor de Cato, la George Mason, *Reason* y varias otras organizaciones del «Kochtopus» despidieron a Ron Paul o incluso lo atacaron por su «racismo» y su falta de «sensibilidad» social y «tolerancia», es decir, en resumen: por ser un destacado «burgués de derecha», llevando una vida personal y profesional ejemplar.

5. Rothbard, «El igualitarismo y las élites», pág. 102.

6. Ver sobre este tema Hans-Hermann Hoppe, «*Of Private, Common and Public Property and the Rationale for Total Privatization*». *Libertarian Papers* 3, no.1 (2011). <http://libertarianpapers.org/articles/2011/lp-3-1.pdf>

7. Característicamente, esta transformación sigilosa del libertarismo en socialismo secreto a través de la confusa noción de «derechos civiles» ya fue identificada hace décadas por Murray Rothbard. Por citarlo:

A lo largo del Movimiento Libertario Oficial [de libertarios de izquierda], los «derechos civiles» se han adoptado sin cuestionar, anulando completamente los derechos genuinos de la propiedad privada. En algunos casos, la aceptación de un «derecho a no ser discriminado» ha sido explícita. En otros, cuando los libertarios quieren cuadrar sus nuevos hallazgos con

sus principios más antiguos, y no tienen aversión al sofisma e incluso al absurdo, toman el camino más astuto que abrió la *American Civil Liberties Union*: el que si existe al menos una pizca de gobierno involucrado, ya sea en el uso de las calles públicas o un poco de financiamiento de los contribuyentes, entonces el llamado «derecho» de «acceso igualitario» debe anular la propiedad privada o cualquier tipo de sentido común. Rothbard, «El igualitarismo y las élites», pp. 102-103.

Democracia, descivilización y la búsqueda de una nueva contracultura

Como cada acción requiere el uso de medios físicos específicos (un cuerpo, espacio para estar de pie, objetos externos), debe surgir el conflicto entre diferentes actores cada vez que estos intenten usar los mismos medios físicos para lograr diferentes propósitos. La fuente del conflicto es siempre invariablemente la misma: *la escasez o rivalidad de los medios físicos*. Dos actores no pueden al mismo tiempo usar los mismos medios físicos, los mismos cuerpos, espacios y objetos, para propósitos alternativos. Si intentan hacerlo, deben chocar. por lo tanto, para evitar el conflicto o resolverlo si ocurre, se requiere un principio y un criterio de justicia o ley procesables, es decir, un principio que regule lo justo, lo legal o lo «apropiado» contra lo injusto, lo ilegal o un uso y control (propiedad) «inapropiados» de medios físicos escasos.

Lógicamente, está claro lo que se requiere para evitar todo conflicto: solo es necesario que todo bien sea siempre y en todo momento de propiedad privada, es decir, esté controlado exclusivamente por algún individuo específico (asociación o asociación individual), y que siempre se pueda reconocer qué bien está poseído y quién lo posee, y cuál está o no lo está por algún otro. Los planes y propósitos de los diversos actores y empresarios en busca de beneficios pueden ser tan diferentes como sea posible y, sin embargo, no surgirán conflictos siempre y cuando sus acciones respectivas impliquen única y exclusivamente el uso de su propia propiedad privada.

Sin embargo, ¿cómo puede se puede lograr prácticamente este estado de las cosas: la privatización completa y claramente sin ambigüedades de todos los bienes? ¿Cómo pueden las cosas físicas convertirse en propiedad privada en primer lugar? ¿Y cómo se puede evitar el conflicto en estos actos iniciales de privatización?

Existe una única solución, praxeológica, para este problema que ha sido esencialmente conocida por la humanidad desde sus inicios, aunque solo haya sido lenta y gradualmente elaborada y lógicamente reconstruida. Para evitar conflictos desde el principio, es necesario que la propiedad privada se base en *actos de apropiación original*. La propiedad debe establecerse a través de actos (en lugar de simples palabras, decretos o declaraciones), porque solo a través de acciones, que tienen lugar en el tiempo y en el espacio, se puede establecer un vínculo objetivo (evaluable intersubjetivamente) entre una persona en particular y una cosa en particular. Y solo el *primer* apropiador de una cosa previamente no asignada puede adquirir esta cosa como su propiedad sin conflicto. Porque, por definición, como *primer* apropiador, no puede haber entrado en conflicto con nadie para apropiarse del bien en cuestión, ya que todos los demás aparecieron en la escena solo *más tarde*.

Esto implica que, si bien cada persona es propietaria exclusiva de su propio cuerpo físico como su principal medio de acción, ninguna persona puede ser propietaria de ningún otro cuerpo. Ya que podemos usar el cuerpo de otra persona solo de manera *indirecta*, es decir, al usar nuestro cuerpo propio directamente apropiado y controlado *primero*. Por lo tanto, la apropiación directa, temporal y lógica, precede a la apropiación indirecta; y, en consecuencia, cualquier uso no consentido del cuerpo de otra persona es una apropiación indebida injusta de algo que ya se ha apropiado directamente otra persona.

Por tanto, toda propiedad *justa* (legítima) se remonta directa o indirectamente, a través de una cadena de transferencias de títulos de propiedad mutuamente beneficiosas y, por lo tanto, libres de conflictos, a apropiadores y actos de apropiación anteriores y finalmente originales. *Mutatis mutandis*, todas las reclamaciones y usos de las cosas por parte de una persona que no se hayan apropiado de estas cosas o las hayan producido anteriormente, ni las hayan adquirido a través de un intercambio sin conflictos con un propietario anterior, son *injustas* (ilegítimas).

Permítanme enfatizar que considero que estas ideas elementales son irrefutables desde el punto de vista argumentativo y, por lo tanto, verdaderas *a priori*. Si desea vivir en paz con otras personas, y se demuestra que desea hacerlo discutiendo con ellas, solo existe una solución: debe haber propiedad privada (exclusiva) en todo lo que sea escaso y adecuado como medio (o bien) en la búsqueda de fines humanos (objetivos); y la propiedad privada en tales cosas debe basarse en actos de apropiación original, la limitación reconocible o la apropiación de recursos escasos, o bien en la transferencia voluntaria de dicha propiedad de un propietario anterior a un propietario posterior.

Podemos decir, entonces, que estas reglas expresan y explican la «ley natural». «Natural», dado el objetivo únicamente humano de la interacción pacífica; y «natural», porque estas leyes son «dadas» y simplemente *descubiertas* como tales por el hombre. En realidad, no son leyes que *se inventen, artificiales o decretadas*. De hecho, toda ley hecha por el hombre (en lugar de ser descubierta o encontrada), es decir, toda legislación, no es ley en absoluto, sino una perversión de la ley: órdenes, mandatos o prescripciones que no conducen a la paz, sino

a conflictos y por lo tanto son disfuncionales del propósito mismo de las leyes.

Esto no significa que con el descubrimiento de los principios de la ley natural se resuelvan todos los problemas del orden social y desaparezca toda fricción. Los conflictos pueden ocurrir y ocurren, incluso si todos saben cómo evitarlos. Y en todos los casos de conflicto entre dos o más partes en conflicto debe aplicarse por tanto la ley, y para esto es necesaria la *jurisprudencia* y el *juicio* y la *adjudicación* (en contraste con la *jurisdicción*). Aquí puede haber disputas sobre si usted o yo hemos aplicado incorrectamente los principios en casos específicos con respecto a medios particulares. Puede haber desacuerdos sobre los hechos «verdaderos» de un caso: ¿quién fue, dónde y cuándo y quién tomó posesión de esto o aquello en tales y tales momentos y lugares? Y puede ser tedioso y lento establecer y ordenar estos hechos. Se deben investigar disputas previas y posteriores. Los contratos pueden ser examinados. Pueden surgir dificultades en la aplicación de los principios a los recursos subterráneos, al agua y al aire, y especialmente a los flujos de agua y aire. Además, siempre está la cuestión de «castigar» con una pena un delito determinado, es decir, encontrar la medida apropiada de restitución o indemnización que un victimario debe a su víctima y luego hacer cumplir los veredictos de la ley.

Sin embargo, a pesar de que estos problemas pueden ser ocasionales, los principios rectores que deben seguirse en la búsqueda de una solución son siempre claros y están fuera de discusión.

En todos los casos de conflictos llevados a los tribunales en busca de juicio, la presunción siempre está a favor del poseedor actual del recurso en cuestión y, *mutatis mutandis*, la carga de una «prueba a lo contrario»

corresponde siempre al oponente de algún estado actual de las cosas y posesiones. El oponente debe demostrar que, contrariamente a la apariencia *prima facie*, tiene un derecho sobre algún bien específico que es más *antiguo* que el derecho del poseedor actual. Si, y solo si un oponente puede demostrar esto con éxito, la posesión en cuestión debe devolversele como su propiedad. Por otro lado, si el oponente no puede defender su caso, entonces no solo la posesión permanece como propiedad con su dueño actual, sino que el poseedor actual a su vez ha adquirido un derecho legal contra su oponente, porque el cuerpo y el tiempo del poseedor actual fue malversado por el oponente durante su argumentación fallida y rechazada. Podría haber hecho otras cosas preferidas con su tiempo y cuerpo, distintas de defenderse contra su oponente.

Y, lo que es también importante: el *procedimiento* que se seleccione para impartir justicia según las líneas indicadas está claro e implícito en el objetivo mismo de la resolución pacífica y argumentativa de conflictos. Debido a que ambos contendientes en cualquier disputa de propiedad, John y Jim, hacen o mantienen afirmaciones realmente contrarias – Yo, John, soy el propietario legítimo de tal y tal recurso – *frente a* – no, Yo, Jim, soy el propietario legítimo de este mismo recurso –, por lo tanto, tanto John como Jim están interesados, parcialmente o sesgados a favor de un resultado particular del juicio, solo a un tercero neutral o desinteresado se le puede confiar la tarea de impartir justicia. Este procedimiento no garantiza que siempre se haga justicia, por supuesto. Pero asegura que se minimice la probabilidad de veredictos injustos y que los errores de juicio sean más probables y fáciles de corregir. Así que, en resumen, debe ser válido para todas y cada una de las disputas de propiedad entre dos (o más) partes contendientes: ninguna de las partes puede juzgar y

actuar como un juez final en cualquier disputa en el que se involucre a sí mismo. Más bien, cada apelación a la justicia siempre debe hacerse a «extraños», es decir, a jueces terceros imparciales.

Podemos llamar al orden social que surge de la aplicación de estos principios y procedimientos un «orden natural», un «sistema de justicia natural», una «sociedad de derecho privado» o una «constitución de libertad».

Curiosamente, aunque las prescripciones y los requisitos de un orden natural parecen intuitivamente plausibles y razonablemente poco exigentes en sus partes constituyentes, es decir, en nosotros como actores individuales, de hecho habitamos en un mundo que se desvía radicalmente de tal orden. Sin duda todavía hay vestigios de ley natural y justicia en la vida civil y el manejo de las disputas civiles, pero la ley natural se ha ido deformando, distorsionando, corrompiendo, inundando y sumergiendo cada vez más en montañas cada vez más altas de leyes legislativas, es decir, en reglas y procedimientos en desacuerdo con la ley natural y la justicia.

No es demasiado difícil identificar la causa raíz de esta desviación cada vez más perceptible de la realidad social de un orden natural y explicar esta transformación como la consecuencia necesaria de un error elemental y fundamental original. Este error, el «pecado original», si así se quiere, es la monopolización de la función judicial y su adjudicación. En efecto, el «pecado original» es designar a una persona o agencia (¡pero a nadie más!) para que actúe como juez final en *todos* los conflictos, incluidos los conflictos que se relacionan con sí mismos.

La institución de tal monopolio aparentemente cumple con la definición clásica de un *Estado* como monopolista de la toma de decisiones final y de la

violencia sobre algún territorio que no adquirió a través de actos de apropiación original ni a través de una transferencia voluntaria de propietario un anterior. El Estado, ¡y nadie más!, es nombrado y se le permite juzgar sus propias acciones y hacer cumplir con fuerza violenta su propio juicio.

Esto implica en sí mismo una doble violación de la ley natural y la justicia. Por un lado, debido a que el Estado prohíbe a todas las personas involucradas en una disputa de propiedad contra él apelar a la justicia de cualquier posible juez externo; y *mutatis mutandis*, porque el Estado excluye a todos los demás (excepto a sí mismo) para ofrecer sus servicios de resolución en tales conflictos.

Por otra parte, a partir del error original siguen las consecuencias predecibles. Como regla universal, todos y cada uno de los monopolios, protegidos de la competencia, conducen a precios más altos y a una menor calidad del producto o servicio en cuestión de lo que sería el caso. En el caso especial de un monopolio judicial y el particular servicio de resolución, esto significa, por un lado, que bajará la calidad de la ley y la justicia y por otro que la ley natural será reemplazada sucesivamente por una legislación *creada* por monopolistas, es decir, habrá perversiones legales. Como era de esperar, el monopolista usará su posición como el que toma las decisiones finales no solo para resolver el conflicto entre los propietarios contendientes, sino también para iniciar o provocar conflictos con los propietarios privados, para luego decidir tales conflictos a su propio favor, es decir, para expropiar la propiedad justa de otros en su propio beneficio sobre la base de sus propias leyes inventadas. Y, por otro lado, el precio a pagar por la justicia aumentará. De hecho, el precio de la justicia no será simplemente un '«precio más alto» que los buscadores de justicia pueden o no estar dispuestos a pagar (como sería el caso de cualquier otro

monopolio), sino un *impuesto* que los solicitantes de justicia *deben* pagar estén de acuerdo con ello o no. En efecto, los propietarios privados involucrados en disputas de propiedad con el Estado no solo serán expropiados *a través* de la legislación, sino que también deberán pagar al Estado por este «servicio» de expropiación, lo que agrega el insulto a la injuria.

En la práctica, con el establecimiento de un monopolio judicial, toda propiedad privada se convierte esencialmente en propiedad fiduciaria, es decir, propiedad privada otorgada por el estado. La propiedad privada solo es privada y está bajo control privado *provisionalmente*, es decir, solo hasta que alguna ley o regulación hecha por el Estado decida lo contrario, creando un ambiente de permanente incertidumbre legal y causando un aumento en la tasa social de preferencia temporal.

Permítanme denominar este proceso que se pone en marcha con la institución de un Estado: la desviación progresiva de un orden natural y un sistema de justicia y la creciente erosión de todos los derechos de propiedad privada y el correspondiente crecimiento de los poderes legislativos y reguladores del Estado: es el *proceso de descivilización*.

Aunque estable en su dirección, el proceso de descivilización iniciado con el establecimiento de un Estado puede proceder a diferentes velocidades en diferentes momentos o lugares, a veces más lentamente y otras a un ritmo más rápido. Sin embargo, se puede identificar otro error adicional que resultará en una aceleración del proceso de descivilización. Este segundo error es la transformación del Estado en un Estado democrático. Esta transformación no implica ningún cambio en el estatus del Estado como monopolio judicial. Sin embargo, aun así implica un doble cambio

significativo: la entrada al Estado y la posición de juez final se imponen a todo habitante (adulto) de un territorio dado y la función de juez final se ejerce solo temporalmente, por un breve período de tiempo establecido por el ganador de elecciones periódicas, recurrentes, secretas y anónimas de un hombre, un voto.

Como es predecible, este cambio conducirá a una aceleración sistemática del proceso de descivilización.

Por un lado, como Helmut Schoeck ha demostrado ampliamente, el sentimiento de envidia es una de las fuerzas motivacionales de civilización más difundidas y poderosas. Todas las religiones principales han condenado, por lo tanto, el deseo de la propiedad de nuestros vecinos como pecaminosos. En un orden natural o un sistema de ley natural y justicia, las personas también, algunas más y otras menos, se ven tentadas de expropiar la propiedad de otros para su propio beneficio. Pero en un orden natural, bastante de acuerdo con las prescripciones religiosas, tales tentativas se consideran inmorales e ilegítimas y se espera que todos supriman cualquiera de tales deseos. Con un Estado en vigor, a algunas, unas pocas, personas se les permite ceder a tales deseos inmorales por un período indeterminado y usar la legislación y los impuestos como medio para satisfacer su propio deseo de la propiedad de otros. Sin embargo, solo con la democracia, es decir, con el acceso libre y sin restricciones al Estado, se eliminan *todas* las restricciones e inhibiciones morales en contra de la toma de la propiedad legal de otros. Todos tienen la libertad de disfrutar de tales tentaciones y proponer y promover cualquier medida concebible de legislación e impuestos para obtener ventajas a costa de otras personas. Es decir, mientras que, en un orden natural, se espera que todos dediquen su tiempo exclusivamente a la producción o al consumo, en condiciones democráticas, cada vez se

dedica más tiempo a la política, es decir, a la defensa y promoción de actividades que no son productivas ni consumibles, sino explotadoras y parasitarias de y sobre la propiedad de otros. De hecho, incluso los opositores a tal evolución pierden cada vez más su tiempo en esfuerzos improductivos, es decir, en política, aunque solo sea para defenderse a sí mismos y sus propiedades o tomar medidas preventivas contra tales incursiones. De hecho, bajo condiciones democráticas, emerge una nueva clase de personas, los políticos, cuya profesión es proponer y promover leyes, decretos e impuestos diseñados para expropiar la propiedad de algunos en beneficio de otros (incluso y ante todo de ellos mismos).

Además, debido a las elecciones periódicas, la politización de la sociedad nunca llega a su fin, sino que se reinicia y continúa constantemente. La incertidumbre legal o la criminalidad legal aumentan y las preferencias temporales sociales aumentarán aún más, es decir, acortarán cada vez más el horizonte temporal que se tiene en cuenta en los planes de acción. Y en el proceso de la competencia política, es decir, en la competencia por la posición de máximo responsable de la toma de decisiones, de entre dichos políticos y partidos políticos llegarán a la cima quienes tengan menos escrúpulos morales y mejores habilidades como demagogos, es decir, de proponer y propagar el surtido más popular de demandas inmorales e ilegales de una oferta casi ilimitada de tales demandas en la opinión pública.

Por otro lado, como la otra cara de la misma moneda, la democracia conducirá a un aumento de la corrupción. Con el acceso abierto al Estado, la resistencia contra el gobierno del Estado se reduce y el tamaño del Estado aumentará. El número de empleados y administradores del Estado aumentará, y debido a que sus ingresos y medios de vida dependen de la continuación del poder de

la legislación y los impuestos del Estado, no necesariamente, pero con toda probabilidad, se convertirán en partidarios confiables y leales del Estado. En particular, la clase de los intelectuales, es decir, los productores de palabras (forjadores de palabras) en contraste con los productores de cosas (fabricantes), se comprará y corromperá. Debido a que solo hay una demanda mínima de palabras en el mercado y no de cosas, los intelectuales siempre están desesperados por obtener cualquier ayuda para mantenerse a flote, y el Estado, en permanente necesidad de apoyo ideológico para su implacable ataque contra la ley natural y la justicia, estará demasiado dispuesto a ofrecer esa ayuda y emplearlos como educadores públicos a cambio de la propaganda apropiada.

Sin embargo, no son solo los empleados del Estado los que están tan corrompidos. Los ingresos por impuestos y el rango de control del Estado sobre otros activos y tenencias no monetarias superarán con creces lo necesario para emplear y equipar a sus trabajadores. El Estado también puede dispersar los ingresos y la ayuda a diversos miembros de la sociedad civil. La lealtad de los pobres y oprimidos se puede asegurar a través de los llamados programas de bienestar social, y los ricos y los capitanes de la banca y la industria, e indirectamente también sus empleados, pueden corromperse a través de los privilegios gubernamentales, los contratos y los bonos de los gobiernos que generan intereses. Y esta misma política puede usarse también con el propósito de «dividir» a los miembros de la sociedad civil, a fin de controlar más fácilmente a una población cada vez más fraccionada o «atomizada». ¡*Divide et impera!*

Si bien la dirección principal de la evolución social se puede predecir con seguridad sobre la base de algunas suposiciones elementales sobre la naturaleza del hombre,

el Estado y la democracia en particular, todos los detalles relacionados con el proceso de desmovilización siguen siendo inciertos y poco claros. Para ser más específicos, se debe consultar la historia. En particular, alrededor de los últimos cien años se debe considerarse la historia desde el final de la Primera Guerra Mundial en 1918, cuando la democracia moderna entró desplazando al antiguo Estado monárquico.

Si bien esta historia confirma la predicción general, los resultados reales son realmente terribles, superando los peores temores. En lo que respecta a la degeneración moral y la corrupción, y teniendo en cuenta solo a EE. UU. como el ejemplo y modelo dominante de un Estado democrático, algunos indicadores pueden servir como ejemplo.

En EE. UU. no existía un *Código de Regulaciones Federales* (un documento que enumera todas las reglas y regulaciones gubernamentales) al comienzo del período (hasta 1937). En 1960, el *código* había alcanzado las 22.877 páginas y, en 2012, había aumentado hasta un total de 174.545 páginas, subdivididas en 50 títulos, regulando con detalle la producción de todo lo imaginable, desde la agricultura y la aeronáutica hasta el transporte, la vida silvestre y la pesca. Mientras que la ley natural se compone de solo tres principios: autopropiedad, apropiación original y transferencia contractual de propiedad de un propietario anterior a un propietario posterior, hoy, después de cien años de democracia, ningún aspecto de la producción y el consumo está libre y desregulado. Además, al comienzo del período no existían más que un puñado de «delitos federales» en relación con asuntos tales como la «traición» o el «soborno de funcionarios federales» (mientras que todos los delitos «normales» fueron declarados y perseguidos en los Estados individuales).

Para 1980, el número de «crímenes federales» ya había aumentado a unos 3.000, y para 2007 había llegado a 4.450, criminalizando no solo acciones no torticeras y crímenes sin víctimas, sino también cada vez más motivos, pensamientos, palabras y discursos.

Como segundo indicador del grado de corrupción, es revelador compara el número total de la población con el número de dependientes del Estado. Actualmente, la población total de los EE. UU. es de unos 320 millones, o unos 260 millones, si restamos el número de personas menores de 18 años y no elegibles para votar. En comparación, el número de personas que dependen total o principalmente de sus medios de subsistencia de la financiación estatal incluye lo siguiente: el número de empleados estatales (de todos los niveles de los gobiernos) es de aproximadamente 22 millones. Cuarenta y seis millones de personas reciben «cupones de alimentos». Sesenta y seis millones de personas reciben «Seguridad Social». Ocho millones de personas reciben un «seguro de desempleo». El gasto del gobierno federal solo en empresas con ánimo de lucro asciende a unos \$500 mil millones, según un cálculo de Charles Murray para aproximadamente el 22 por ciento de la fuerza laboral estadounidense o alrededor de 36 millones de personas. Por último, las organizaciones sin ánimo de lucro y las ONG, con ingresos anuales de \$2 billones y casi 12 millones de empleados, reciben aproximadamente un tercio de su financiación del Estado, lo que representa alrededor de otros 3 millones de dependientes, lo que hace que el total de dependientes del Estado sea aproximadamente 181 millones de personas. En realidad, solo se puede decir que 79 millones de personas o aproximadamente un tercio de la población adulta (mayores de 18 años) de los Estados Unidos de 260 millones (o alrededor del 25 por ciento de la población total de 320 millones) son financieramente total o en gran

parte independientes del Estado, mientras que cerca del 70 por ciento de la población adulta de los EE. UU. y el 57 por ciento de la población total se cuentan como dependientes del Estado.

Finalmente, como tercer indicador de la degeneración moral y la corrupción, es instructiva una mirada a la parte superior del sistema estatal democrático: a los políticos y partidos políticos que dirigen y dirigen el espectáculo democrático. En este sentido, ya miremos a Estados Unidos o a cualquiera de sus Estados satélites en Europa y en todo el mundo, el panorama es igualmente inequívoco y claro, e igualmente sombrío. Si se miden según los estándares de la ley natural y la justicia, todos los políticos, en todas las partes y virtualmente sin excepción alguna, son culpables, directa o indirectamente, de asesinato, homicidio, transgresión, invasión, expropiación, fraude y cercado de productos robados a una escala masiva y continua. Y cada nueva generación de políticos y partidos parece ser peor, y acumula aún más atrocidades y perversiones en la cima de la montaña ya existente, por lo que uno se siente casi nostálgico por el pasado.

Todos deberían estar colgados, o en la cárcel para que se pudran, u obligados a dar alguna indemnización.

Pero, en cambio, desfilan en público y durante todo el día y se proclaman a sí mismos, de manera pomposa, presuntuosa, arrogante y hinchada, como santos benefactores: como buenos samaritanos, servidores públicos altruistas, benefactores y salvadores de la humanidad y la civilización humana. Asistidos por una inteligencia contratada, le dicen al público en interminables bucles y variaciones que, como en el mundo maravilloso de Alicia, nada es lo que parece:

«Cuando uso una palabra», dijo Humpty Dumpty en tono despectivo, «significa lo que quiero que signifique, ni más ni menos».

«El problema es», dijo Alicia, «si puedes hacer que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes».

«El problema es», dijo Humpty Dumpty, «saber quién es el que manda, eso es todo».

Y son los políticos quienes mandan y quienes estipulan que la agresión, la invasión, el asesinato y la guerra son en realidad defensa propia, mientras que la defensa propia es la agresión, la invasión, el asesinato y la guerra. La libertad es coerción, y la coerción es libertad. El ahorro y la inversión son consumo, y el consumo es ahorro e inversión. El dinero es papel, y el papel es dinero. Los impuestos son pagos voluntarios, y los precios pagados voluntariamente son impuestos de explotación. Los contratos no son contratos, y los no contratos son contratos. Los productores son parásitos, y los parásitos son productores. La expropiación es una restitución, y la restitución es una expropiación. De hecho, lo que podemos ver, escuchar o sentir de otra manera no existe, y lo que no podemos ver, escuchar, o sentir de otra manera lo hace. Lo normal es anormal y lo anormal es normal. El negro es blanco y el blanco es negro. El macho es hembra y la hembra es macho, etc.

Peor aún, la abrumadora mayoría del público, que supera con creces incluso al número de dependientes del Estado, se embelesa con esta tontería. Los políticos no son despreciados ni ridiculizados, sino que son muy apreciados, aplaudidos, admirados e incluso glorificados por las masas. En su presencia, y en particular frente a los políticos «principales», la mayoría de las personas se muestran anonadados, sumisos y serviles. De hecho, incluso aquellos que se oponen o denuncian a un político

o partido en particular, lo hacen casi siempre solo para proponer o elogiar a otro político o partido diferente, igual de absurdo y confuso. Y la intelligentsia, encontrando su propio rumor verbal repetido en las palabras de este o aquel político o partido político, prácticamente babea sobre ellos.

Y por otro lado: el número de aquellos que aún se aferran a los principios de la ley natural y la justicia como la base de todo juicio moral, y que evalúan el mundo contemporáneo como un «Absurdistán», es decir, un manicomio administrado por megalómanos enloquecidos, no representa más que una minúscula minoría de la población, más pequeña en tamaño que el infame 1 por ciento de los «súper ricos» de fama izquierdista (y con poca o ninguna superposición con este último grupo). Y aún más pequeña es la minoría de aquellos que reconocen también, aunque sea vagamente, la causa sistemática de este resultado. Y todos estos, las pocas personas abandonadas en el manicomio, están bajo la amenaza constante de los guardianes y protectores de este «Absurdistán» llamado democracia, y son calificados como neandertales, reaccionarios, extremistas, pre-illustrados tontos, sociópatas, o escoria.

Lo que me lleva a la Sociedad de Propiedad y Libertad (PFS por sus siglas en inglés). Porque reúne a propósito a tales neandertales marginados: personas que pueden ver a través del «*Schmierentheater*» (de mala muerte) pasando ante sus ojos, que se han enfrentado a todos los políticos y fanáticos de los medios de comunicación, y que, en consecuencia, tienen un solo deseo: huir, es decir, optar por salir del sistema legal que les impone el Estado democrático.

Pero dondequiera que residan estos neandertales, se encuentran en la misma situación: la salida está bloqueada o completamente prohibida. No está permitida

la secesión del territorio del Estado. Uno puede emigrar de un país a otro y, por lo tanto, dejar un Estado-jurisdicción A para ir a otra jurisdicción B. Sin embargo, la propiedad inmueble sigue estando sujeta a la jurisdicción de A, también y especialmente en el caso de la venta, y también queda la transferencia de todos los bienes muebles sujetos a la jurisdicción de A. Es decir, nadie, en ninguna parte, puede salir con su propiedad intacta, ya sea para quedarse o mudarse a otra parte. Y no solo se prohíbe la secesión ni se considera tratable por parte de los políticos, sino que se la considera ilegítima, como una elusión de los deberes, también por la mayoría abrumadora del público «educado» o más bien lavado de cerebro. Por lo tanto, la situación parece no dar ninguna esperanza a los neandertales.

El PFS no puede ofrecer una salida a esta situación, por supuesto. Sus reuniones también deben realizarse en algún lugar y, como tales, están sujetas a la ley y jurisdicción del Estado. Ni siquiera se puede dar por sentado que reuniones como la nuestra puedan tener lugar siempre y en todas partes. Las reuniones del PFS no pueden ofrecer más que un breve escape y un respiro de nuestra vida real como presos de un manicomio, si no en el terreno, al menos en la realidad virtual de ideas, pensamientos y argumentos.

Pero, por supuesto, estas reuniones tienen un propósito *real*. Quieren lograr un cambio en el mundo de las cosas. Como mínimo, quieren evitar que se extinga por completo la cultura del neandertal, es decir, la cultura de la ley natural, el orden y la justicia. Quieren ayudar a sostener y proporcionar alimento intelectual para esta especie cada vez más rara de personas y cultura.

Sin embargo, de manera más ambiciosa, el PFS quiere ayudar a estos neandertales y su cultura a recuperar la fuerza de la opinión pública al mostrarlos en público y

mostrarlos como una especie y contracultura excepcionalmente atractivas y fascinantes.

Para lograr este objetivo, el PFS, aparente y paradójicamente, se involucra en una política de discriminación estricta, es decir, de exclusión e inclusión. Por un lado, el PFS excluye y discrimina sistemáticamente a todos los representantes y promotores de la actual cultura estatal democrática dominante: va contra todos los políticos profesionales, jueces del Estado, fiscales, jueces, carceleros, asesinos, cobradores de impuestos y banqueros, todos belicistas y defensores del socialismo, el positivismo jurídico, el relativismo moral y el igualitarismo, ya sea de «resultados» o de «oportunidades». Por otra parte, positivamente, el PFS busca y solo admite personas que han adoptado por sí mismas el dicho de Thomas Jefferson de que «no existe una verdad que temo ... o que desearía desconocida para todo el mundo», que, por consiguiente, no conocen ningún «tabú» intelectual y que no tienen «corrección política», y quienes están comprometidos, en cambio, con un radicalismo intelectual intransigente, dispuestos a seguir los dictados de la razón dondequiera que estos puedan conducir. Más específicamente, el PFS busca y admite solo a personas dedicadas al reconocimiento de la propiedad privada y los derechos de propiedad adquiridos con justicia, libertad de contratación, libertad de asociación y disociación, libre comercio y paz.

Siguiendo esta estricta política de discriminación, el PFS, después de diez años de existencia, se ha consolidado como un verdadero monopolio en el mundo de las sociedades intelectuales: una sociedad formada por personas excepcionales de todas las edades, antecedentes intelectuales y profesionales y naciones, libre y no contaminado por todos los estatistas y todo lo que es estatista, sin rival en la amplitud y profundidad

interdisciplinar de su radicalismo, reunidos en un bello entorno y unidos en un espíritu de convivencia y camaradería; una sociedad difamada, despreciada e incluso odiada (y, sin embargo, envidiada secretamente) por todos los sospechosos habituales, y sin embargo aclamada por todos aquellos que han tenido la sabiduría y la fortuna de verla y experimentarla.

Sin embargo, a diferencia de otros monopolios «regulares», no es mi objetivo preservar y mantener la posición de monopolio actual de PFS. Todo lo contrario. Al dar un ejemplo, al producir un producto atractivo y de hecho hermoso, un bien público producido en forma privada si queréis, espero que la actual posición de monopolio de la PFS solo sea temporal y que su ejemplo sirva de ejemplo e inspiración para los demás, que surgirán más y más asociaciones y reuniones similares, que la falta de cultura democrática dominante se pondrá cada vez más a la defensiva y se abrirá al ridículo público, y que en última instancia, *ellos*, los proponentes y los exponentes de la no cultura democrática reinante, se considerarán marginados en la sociedad educada.

Hay algunos signos positivos: los eventos de un día del *Círculo Mises* en las principales ciudades de los EE. UU., las reuniones de *Wertewirtschaft* de Rahim Taghiza-degan en Austria y las conferencias *Eigentuemlich-Frei* de Andre Lichtschlag en Alemania. Sin embargo, me temo que igualar el logro del PFS será una tarea difícil y que mantendrá su estado único durante bastante tiempo. Personalmente, estoy planeando continuar este proyecto siempre y cuando se mantenga mi fortaleza, y especialmente también la de Gülçin, y, lo que es más importante, siempre y cuando siga asistiendo y apoyando de manera efectiva el producto intelectual y la empresa que es el PFS.

El libertarismo y la Alt-right: en busca de una estrategia libertaria para el cambio social

Conocemos el destino del término liberal y liberalismo. Se ha dado a conocer a tantas personas y diferentes posiciones que ha perdido todo su significado y se ha convertido en una etiqueta vacía y no descriptiva. El mismo destino ahora también amenaza cada vez más el término libertario y libertarismo, que se inventó para recuperar algo de la precisión conceptual perdida con la desaparición de las etiquetas anteriores.

Sin embargo, la historia del libertarismo moderno es todavía bastante joven. Comenzó en la sala de estar de Murray Rothbard y encontró su primera expresión casi canónica en su libro *Hacia una nueva libertad: El manifiesto libertario*, publicado en 1973. Y todavía tengo esperanza y no estoy dispuesto a renunciar al libertarismo tal como está definido y explicado por Rothbard con claridad y precisión conceptuales incomparables, a pesar de los innumerables intentos de los llamados libertarios para enturbiar el agua y malinterpretar el buen nombre del libertarismo para algo completamente diferente.

El núcleo teórico e irrefutable de la doctrina libertaria es sencillo y directo, y ya lo he explicado repetidamente aquí. Si no hubiera escasez en el mundo, los conflictos humanos o, más precisamente, los choques físicos serían imposibles. Los conflictos interpersonales son siempre conflictos relacionados con cosas escasas. Yo quiero hacer A con una cosa determinada y tú quieres hacer B con la misma cosa. Debido a tales conflictos, y porque somos capaces de comunicarnos y discutir unos con otros, buscamos normas de comportamiento con el fin de evitar

estos conflictos. El propósito de las normas es evitar el conflicto. Si no quisiéramos evitar los conflictos, la búsqueda de normas de conducta no tendría sentido. Simplemente pelearíamos y lucharíamos.

A falta de una armonía perfecta de todos los intereses, los conflictos relacionados con los recursos escasos solo se pueden evitar si todos los recursos escasos se asignan como propiedad privada y exclusiva a algún individuo o grupo de personas específico. Solo así yo podría actuar de forma independiente, con *mis* propias cosas, y tú, con *tus* propias cosas, sin que tú y yo nos enfrentemos.

¿Pero quién posee qué recurso escaso como su propiedad privada y quién no? Primero: cada persona posee su cuerpo físico que solo él y nadie más controla *directamente*. Y segundo, en cuanto a los escasos recursos que pueden controlarse *solo* de manera indirecta (que deben asignarse con nuestro propio cuerpo dado por la naturaleza): el control exclusivo (propiedad) es adquirido y asignado a aquella persona que se apropió *primero* del recurso en cuestión o que lo adquirió a través de un intercambio voluntario (libre de conflictos) con su dueño *anterior*. Solo el primer apropiador de un recurso (y todos los propietarios posteriores conectados a él a través de una cadena de intercambios voluntarios) pueden adquirir y obtener control sobre él sin conflicto, es decir, pacíficamente. De lo contrario, si el control exclusivo se asigna en su lugar a los *recién llegados*, el conflicto no se evita, sino que es contrario al propósito mismo de las normas que son inevitables y permanentes.

Ante esta audiencia, no necesito entrar en más detalles, excepto para agregar esto: si desea vivir en paz con otras personas y evitar todos los choques físicos y, si tales choques ocurren, intentar resolverlos pacíficamente, se debe ser un anarquista o, más precisamente, un

anarquista de propiedad privada, un anarcocapitalista, o un defensor de una sociedad de derecho privado.

Y de manera implícita, entonces, y otra vez sin más preámbulos: alguien, cualquiera, *no* es un libertario o es simplemente un libertario falso que defiende y defiende uno o más de lo siguiente: la necesidad de un Estado, cualquier Estado, de bienes «públicos» (estatales) y de impuestos para vivir en paz; o la existencia y la capacidad justa de los llamados «derechos humanos» o «derechos civiles» distintos de los derechos de propiedad privada, como «derechos de las mujeres», «derechos de los homosexuales», «derechos de las minorías», el «derecho» a no ser discriminado, el «derecho» a la inmigración libre y sin restricciones, el «derecho» a un ingreso mínimo garantizado o a la atención médica gratuita, o el «derecho» a estar libre de discursos y pensamientos desagradables. Los defensores de todo esto pueden llamarse a sí mismos lo que quieran, y como libertarios bien podemos cooperar con ellos, en la medida en que dicha cooperación nos ofrece la promesa de acercarnos a nuestro objetivo final, pero no son *libertarios* o son solo *falsos libertarios*.

Ahora, «algo extraño sucedió en el camino hacia el foro». Mientras Rothbard y yo, siguiendo sus pasos, nunca nos desviamos de estas creencias fundamentales teóricamente derivadas, no solo no libertarios sino, en particular, también falsos libertarios, es decir, personas que afirman (falsamente) ser libertarios, e incluso muchos libertarios posiblemente sinceros, pero a la vez tontos nos han elegido y denigrado como sus *betes noires* favoritos y encarnaciones del mal. Rothbard, el rector del espíritu del libertarismo moderno, ha sido calificado por esta llamada multitud «antifascista» como reaccionario, racista, sexista, autoritario, elitista, xenófobo, fascista y, como culminación, como un judío nazi que se odia a sí mismo. Y

he heredado todos estos títulos honoríficos, además de algunos más (excepto la cuestión de judío). Entonces, ¿qué cosa divertida ha sucedido aquí?

Tratar de desarrollar una respuesta a esta pregunta me lleva al tema de este discurso: la relación entre el libertarismo y la derecha alternativa o la «*Alt-Right*», que ha ganado notoriedad nacional e internacional después de que Hillary Clinton, durante la campaña de las elecciones presidenciales de 2016, la identificara como una de las fuentes de inspiración detrás de la «cesta de deplorables» alentadores de Trump (y cuyo liderazgo, hay que reconocer, después de la victoria electoral de Trump, se rompió rápidamente con Trump cuando resultó ser simplemente otro presidente belicista).

El movimiento *Alt-Right* es esencialmente el sucesor del movimiento paleo-conservador que llegó a la fama a principios de los 90, con el columnista y autor de libros más vendido, Patrick Buchanan, como su representante más conocido. Quedó algo inactivo a fines de la década de 1990, y recientemente, a la luz del daño cada vez mayor hecho a Estados Unidos y su reputación por las sucesivas administraciones de Bush I, Clinton, Bush II y Obama, ha resurgido más vigorosamente que nunca bajo la nueva etiqueta del *Alt-Right*. Muchas de las luces principales asociadas con la *Alt-Right* han aparecido aquí en nuestras reuniones en el transcurso de los años. Paul Gottfried, quien primero acuñó el término, Peter Brimelow, Richard Lynn, Jared Taylor, John Derbyshire, Steve Sailer y Richard Spencer. Además, el nombre de Sean Gabb y el mío se mencionan regularmente en relación con la *Alt-Right*, y mi trabajo se ha vinculado también con el movimiento neorreaccionario estrechamente relacionado inspirado por Curtis Yarvin (también conocido como Mencius Moldbug) y su ya

fallecido blog *Unqualified Reservations*. En resumen, estas relaciones y asociaciones personales me han valido varias menciones honorables por parte de la liga de calumnias y difamación más famosa de Estados Unidos, el SPLC (también conocido como Centro de la Mentira de la Pobreza Soviética).

Ahora: ¿Qué hay de la relación entre el libertarismo y la *Alt-Right* y mis razones para invitar a los principales representantes de la *Alt-Right* a las reuniones con libertarios? Los libertarios están unidos por las creencias fundamentales teóricas irrefutables mencionadas al principio. Tienen claro el objetivo que quieren lograr. Pero la doctrina libertaria no implica gran cosa, si es que tiene algo, con respecto a *estas* preguntas: primero, cómo mantener un orden libertario una vez logrado. Y segundo, cómo obtener un orden libertario desde un punto de partida no libertario, que requiere (a) que uno debe describir correctamente este punto de partida y (b) identificar correctamente los obstáculos planteados en el camino de los fines libertarios de uno mismo mediante este punto de partida. Para responder a estas preguntas, además de la teoría, también se necesita algún conocimiento de la psicología y sociología humana o al menos un mínimo de sentido común. Sin embargo, muchos libertarios y falsos libertarios ignoran claramente la psicología y la sociología humanas o incluso carecen de sentido común. Aceptan ciegamente, contra toda evidencia empírica, una visión igualitaria, en blanco, de la naturaleza humana, de que todas las personas y todas las sociedades y culturas son esencialmente iguales e intercambiables.

Si bien gran parte del libertarismo contemporáneo se puede caracterizar, entonces, como teoría y teóricos sin psicología y sociología, gran parte o incluso la mayor parte

de la *Alt-Right* puede describirse, en contraste, como psicología y sociología sin teoría. Los adeptos a la *Alt-Right* no están unidos por una teoría común, y no existe nada que se parezca ligeramente a un texto canónico que defina su significado. Más bien, la *Alt-Right* está esencialmente unida en su descripción del mundo contemporáneo, y en particular en los Estados Unidos y el llamado Mundo Occidental, y la identificación y diagnóstico de sus patologías sociales. De hecho, se ha señalado correctamente que la *Alt-Right* está mucho más unida por lo que está en contra que por lo que está a favor. Están en contra y, de hecho, odian con pasión a las élites que controlan el Estado, los medios de comunicación dominantes y la universidad. ¿Por qué? Porque todos promueven la degeneración social y la patología. Por lo tanto, promueven y se oponen vigorosamente al igualitarismo, a la acción afirmativa (también conocida como «no discriminación»), al multiculturalismo y a la inmigración masiva «libre» como un medio para lograr el multiculturalismo. Además, la *Alt-Right* odia todo lo que tenga que ver con el marxismo cultural o gramscianismo y toda la «corrección política» y, estratégicamente prudente, se encoge de hombros, sin ningún perdón en absoluto, a todas las acusaciones de ser racista, sexista, elitista, supremacista, homofóbicos, xenofóbicos, etc., etc. Y la *Alt-Right* también ríe como irremediabilmente ingenuo del lema programático de los llamados libertarios (que mi joven amigo alemán Andre Lichtschlag ha calificado como «Libertarios Liberallala») de «Paz, Amor y Libertad», traducida apropiadamente al alemán por Lichtschlag como «Friede, Freude, Eierkuchen». En un marcado contraste con esto, los adeptos a la *Alt-Right* insisten en que la vida también se trata de conflictos, odio, esfuerzo y lucha, no solo entre individuos sino también entre varios grupos de personas actuando en común acuerdo. «*Millennial Woes*» (Colin

Robertson) ha resumido acertadamente a la *Alt-Right*: «*La igualdad es una tontería. La jerarquía es esencial. Las razas son diferentes. Los sexos son diferentes. La moralidad importa y la degeneración es real. Todas las culturas no son iguales y no estamos obligados a pensar que lo son. El hombre es una criatura caída y hay más en la vida que el materialismo hueco. Finalmente, la raza blanca importa, y la civilización es preciosa. Esto es la Alt-Right.*»

Sin embargo, a falta de una teoría unificadora, hay mucho menos acuerdo entre la *Alt-Right* sobre el objetivo que, en última instancia, quiere lograr. Muchas de sus luces principales tienen inclinaciones claramente libertarias, especialmente las que han venido aquí (lo cual, por supuesto, fue la razón para haberlas invitado acá), incluso si no son 100 por ciento y no se identificarían como tales. Todos los miembros de la *Alt-Right* que han aparecido aquí, por ejemplo, han estado familiarizados con Rothbard y su trabajo, mientras que el candidato presidencial más reciente del Partido Libertario nunca había oído hablar del nombre de Rothbard, y todos ellos, que yo sepa, fueron partidarios abiertos de Ron Paul durante su campaña primaria para la nominación del Partido Republicano como candidato presidencial, mientras que muchos autoproclamados libertarios atacaron y trataron de difamar a Ron Paul por sus (ya debéis saber de dónde viene) puntos de vista supuestamente «racistas».

Sin embargo, varios de los líderes de la *Alt-Right* y muchos de sus seguidores también han respaldado opiniones incompatibles con el libertarismo. Como Buchanan antes y Trump ahora, están convencidos de complementar una política de inmigración restrictiva, altamente selectiva y discriminatoria (que es totalmente compatible con el libertarismo y su *deseo* de libertad de

asociación y oposición a la integración forzada) con una política estridente de comercio restringido, proteccionismo económico y aranceles de protección (que son antitéticas al libertarismo y adversas a la prosperidad humana). (Permítame apresurarme a agregar aquí que, a pesar de mis dudas sobre su «economía», todavía considero a Pat Buchanan un gran hombre).

Otros se desviaron aún más del terreno, como Richard Spencer, el que primero popularizó el término *Alt-Right*. Mientras tanto, debido a varios trucos publicitarios recientes, que le han ganado cierto grado de notoriedad en los EE. UU., Spencer ha reclamado el rango de líder máximo de un movimiento supuestamente poderoso (un esfuerzo, por cierto, que ha sido ridiculizado por Taki Theodoracopulos, un veterano defensor del movimiento paleo conservador convertido en *Alt-Right* y antiguo empleador de Spencer). Cuando Spencer apareció aquí, hace varios años, todavía exhibía fuertes inclinaciones libertarias. Desafortunadamente, sin embargo, esto ha cambiado y Spencer ahora denuncia, sin ninguna cualificación, a todos los libertarios y todo lo libertario y ha llegado incluso a apoyar el socialismo, siempre que sea socialismo por y para los blancos. ¡Qué horrible decepción!

Dada la falta de una base teórica, esta división del movimiento *Alt-Right* en facciones rivales difícilmente puede considerarse una sorpresa. Sin embargo, este hecho no debe inducir a error a uno que lo desestime, porque la *Alt-Right* ha presentado muchas ideas que son de importancia central para abordar una respuesta a las dos preguntas antes mencionadas sin respuesta de la teoría libertaria: cómo mantener un orden social libertario y cómo llegar a tal orden desde el decididamente no libertario status quo actual. La *Alt-Right* no descubrió estas ideas. Se habían establecido mucho antes y, de

hecho, en gran parte no son más que de sentido común. Pero en los últimos tiempos, estas percepciones han sido enterradas bajo montañas de propaganda igualitaria, y a la *Alt-Right* debe reconocérsele el mérito por haberlas traído de vuelta a la luz.

Para ilustrar la importancia de tales ideas, permítanme responder primero a la primera pregunta sin respuesta.

Muchos libertarios sostienen la opinión de que todo lo que se necesita para mantener un orden social libertario es la aplicación estricta del principio de no agresión (NAP por sus siglas en inglés). Por tanto, según su punto de vista, siempre y cuando uno se abstenga de la agresión, debería mantenerse el principio de «vive y deja vivir». Sin embargo, aunque este «vivir y dejar vivir» suena atractivo para los adolescentes en rebelión contra la autoridad paterna y toda convención y control social (y muchos jóvenes se han sentido inicialmente atraídos por el libertarismo, creyendo que «vivir y dejar vivir» es la esencia del libertarismo), y aunque el principio sí se sostiene y se aplica a las personas que viven lejos y que se tratan entre sí de manera indirecta y remota, no se sostiene ni se aplica, o más bien es *insuficiente*, cuando se trata de personas que viven cerca entre sí, como vecinos y cohabitantes de la misma comunidad.

Un ejemplo sencillo servirá para entender esto. Supongamos hay un nuevo vecino. Este vecino no te agrade a ti ni a tu propiedad de ninguna manera, pero es un vecino «malo». Está tirando basura en la propiedad de su vecino, convirtiéndola en un montón de basura; por lo que ves, se dedica habitualmente al sacrificio ritual de animales, convierte su casa en un «*Freudenhaus*», un burdel, con clientes que van y vienen todo el día y toda la noche; nunca ofrece echar una mano y nunca cumple ninguna promesa que haya hecho; o no puede o se niega a hablarte en tu propio idioma, etc., etc. Tu vida se

convierte en una pesadilla. Sin embargo, no puedes usar la violencia contra él, porque no te ha agredido. ¿Qué puedes hacer? Puedes rehuirlo y aislarlo. Pero a tu vecino no le importa, y en cualquier caso si solo tú le «castigas» le supone poca o ninguna diferencia. Tienes que tener el respeto y la autoridad de la comunidad o tienes que dirigirte a alguien que lo tenga para persuadir y convencer a todos o al menos a la mayoría de los miembros de tu comunidad para que hagan lo mismo y conviertan al vecino malo en un marginado social, a fin de ejercer suficiente presión sobre él para que venda su propiedad y se vaya. (Demasiado para los libertarios que, además de su ideal de «vive y deja vivir», también aclaman el lema «¡no respetar ninguna autoridad!»)

¿La lección? La convivencia pacífica entre vecinos y personas en contacto directo regular entre sí en algún territorio (un orden social tranquilo y cordial) también requiere un carácter común de cultura: de idioma, religión, costumbre y convenciones. Puede haber coexistencia pacífica de diferentes culturas en territorios distantes y físicamente separados, pero el multiculturalismo, la heterogeneidad cultural, no pueden existir en un mismo lugar y territorio sin llevar a la disminución de la confianza social, al aumento de la tensión y, en última instancia, al llamado por un «hombre fuerte» y la destrucción de cualquier cosa que se parezca a un orden social libertario.

Y además: al igual que un orden libertario debe estar siempre en guardia contra los vecinos «malos» (incluso si no son agresivos) por medio del ostracismo social, es decir, por una cultura común de que «no *son* bienvenidos aquí», por lo tanto, e incluso más vigilante, debe estar protegido contra los vecinos que abiertamente abogan por el comunismo, el socialismo, el sindicalismo o la democracia en cualquier forma o manera. Por lo tanto, al

representar una amenaza abierta para todas las propiedades privadas y los dueños de propiedades, no solo deben ser rechazados, sino que, por usar un meme de Hoppe bastante famoso, deben ser «eliminados físicamente», si es necesario por la violencia, y obligados a salir a buscar otros horizontes. No hacerlo conduce inevitablemente al, bueno, comunismo, socialismo, sindicalismo o democracia y, por lo tanto, a lo opuesto a un orden social libertario.

Con estos «derechistas» o, como diría yo, con ideas sensatas y comunes en mente me refiero ahora a la pregunta más desafiante de cómo pasar de aquí, del statu quo, a allí. Y para esto podría ser instructivo considerar brevemente la respuesta dada por los liberallala, paz-amor-y-libertad, *Friede-Freude-Eierkuchen*, o libertarios capitalismo-es-amor. Revela el mismo igualitarismo fundamental, si bien de forma ligeramente diferente, que el que exhiben también los libertarios de vivir y dejar vivir. Estos, como acabo de tratar de demostrar, definen lo que podríamos llamar el «problema del mal vecino», y lo que es simplemente una cuestión de pocas palabras para el problema general que plantea la coexistencia de distintas, ajenas y mutuamente perturbadoras culturas molestas, extrañas, hostiles, simplemente fuera de existencia. Y, de hecho, si asume, en contra de toda evidencia empírica, que todas las personas, en todas partes, son esencialmente iguales, entonces, por definición, no existe tal cosa como un «problema del mal vecino».

El mismo igualitarismo, o como los libertarios liberallala prefieren llamarlo, el espíritu «humanitario» también llama a la pregunta de una *estrategia* libertaria. En resumen, su consejo es el siguiente: ser amables y hablar con todos, y luego, a la larga, vencerán los mejores argumentos libertarios.

Sin embargo, fuera del mundo de la fantasía igualitaria, en el mundo real, los libertarios deben ser sobre todo realistas y reconocer desde el principio, como lo hace la *Alt-Right*, la desigualdad, no solo de los individuos sino también de las diferentes culturas, como un dato imposible de erradicar de la existencia humana. Debemos reconocer, además, que existen muchos enemigos de la libertad según lo definido por el libertarismo y que ellos, no nosotros, están a cargo de los asuntos mundanos; que en muchas partes del mundo contemporáneo su control sobre la población es tan completo que las ideas de libertad y de orden social libertario son prácticamente desconocidas o consideradas impensables (excepto como un juego intelectual ocioso o gimnasia mental por algunos individuos «exóticos»); y que es esencialmente solo en Occidente, en los países de Europa occidental y central y en las tierras pobladas por su gente, donde la idea de libertad está tan profundamente arraigada que estos enemigos aún pueden ser desafiados abiertamente. Y limitando nuestras consideraciones estratégicas aquí solo a Occidente, podemos entonces identificar, más o menos como lo ha hecho la *Alt-Right*, estos actores e instituciones como nuestros principales enemigos.

Son, en primer lugar, las elites gobernantes que controlan el aparato del Estado y, en particular, el «Estado Profundo» o la llamada «Catedral» de los militares, los servicios secretos, los bancos centrales y los tribunales supremos. Además, incluyen a los líderes del complejo militar-industrial, es decir, empresas nominalmente privadas que deben su propia existencia al Estado como comprador exclusivo o dominante de sus productos, y también incluyen a los líderes de los grandes bancos comerciales, que deben su privilegio de crear dinero y crédito de la nada a la existencia del banco central y su papel como «prestamista de último recurso». Juntos, entonces, el Estado, los Grandes Negocios y la Gran

Banca, forman una extremadamente poderosa, incluso en una pequeña «sociedad de admiración mutua», de forma conjunta, saquean a la enorme masa de contribuyentes y la llevan a cabo a gran escala a sus expensas.

El segundo, un grupo mucho más grande de enemigos, está formado por intelectuales, educadores y «edúcratas», desde los niveles académicos más altos hasta el nivel de escuelas primarias y jardines de infancia. Financiados casi exclusivamente, ya sea directa o indirectamente, por el Estado, estos, en su abrumadora mayoría, se han convertido en las herramientas y los ejecutores voluntarios en manos de la élite gobernante y sus designios para el poder absoluto y el control total. Y en tercer lugar están los periodistas de los grandes medios de comunicación, como los productos dóciles del sistema de «educación pública», y los receptores y popularizadores de la «información» del Estado.

De igual importancia en el desarrollo de una estrategia libertaria es la siguiente pregunta: ¿quiénes son las víctimas? La respuesta libertaria estándar a esto es: los contribuyentes frente a los consumidores de impuestos.

Sin embargo, si bien esto es esencialmente correcto, en el mejor de los casos es solo una parte de la respuesta, y los libertarios podrían aprender algo al respecto a través de la *Alt-Right*: porque aparte del aspecto económico estrecho, también hay un aspecto cultural más amplio que debe tenerse en cuenta en la identificación de las víctimas.

Para expandir y aumentar su poder, las elites dominantes han estado realizando durante muchas décadas lo que Pat Buchanan ha identificado como una «guerra cultural» sistemática, dirigida a una transfiguración de todos los valores y la destrucción de todos los vínculos e instituciones naturales, o si se

prefiere, «orgánicos», como las familias, las comunidades, los grupos étnicos y las naciones relacionadas genealógicamente, para crear una población cada vez más atomizada, cuyo único vínculo característico y unificador compartido es su común dependencia existencial en el Estado. El primer paso en esta dirección, tomada ya hace medio siglo o incluso más, fue la introducción del «bienestar público» y la «seguridad social». A su vez, la clase baja y los ancianos se convirtieron en dependientes del Estado y se hizo disminuir y debilitar el valor y la importancia de la familia y la comunidad. Más recientemente, han proliferado pasos de mayor alcance en esta dirección. Se ha proclamado y promovido una nueva «victimología». Las mujeres, y en particular las madres solteras, negras, mulatas, latinas, homosexuales, lesbianas, bisexuales y transexuales han recibido el estatus de «víctima» y se les han otorgado privilegios legales a través de la no discriminación o decretos de discriminación positiva. Además, más recientemente, dichos privilegios también se han ampliado a inmigrantes extranjeros, ya sean legales o ilegales, en la medida en que caen en una de las categorías que acabamos de mencionar o que son miembros de religiones no cristianas como el islam, por ejemplo. ¿El resultado? No solo no se ha evitado o solucionado el «problema del vecino malo» mencionado anteriormente, sino que se ha promovido e intensificado sistemáticamente. Se ha destruido la homogeneidad cultural, y la libertad de asociación y la segregación física voluntaria y la separación de diferentes personas, comunidades, culturas y tradiciones han sido reemplazadas por un sistema omnipresente de integración social forzada. Además, cada grupo de «víctimas» mencionado se ha enfrentado a todos los demás, y todos se han enfrentado a hombres blancos, heterosexuales, cristianos y, en particular, a los casados y con hijos como el único grupo que aún no tiene

protección legal frente a supuestos «victimarios». Por lo tanto, como resultado de la transfiguración de todos los valores promovidos por las élites gobernantes, el mundo se ha vuelto del revés. La institución de un hogar familiar con un padre, una madre y sus hijos que ha formado la base de la civilización occidental, como la civilización más libre, más industrial, ingeniosa y consumada conocida por la humanidad, es decir, la misma institución y las personas que más bien han hecho en la historia de la humanidad, han sido estigmatizadas y consideradas oficialmente como la fuente de todos los males sociales y las han hecho al grupo más desfavorecido, incluso perseguido, por la implacable política de *divide et impera* de las élites enemigas.

En consecuencia, dada la actual configuración de las cosas, cualquier estrategia libertaria prometedora, como ha reconocido buena parte de la *Alt-Right*, en primer lugar, debe adaptarse y dirigirse a este grupo de las personas más gravemente victimizadas. Los matrimonios blancos con hijos, en particular si pertenecen también a la clase de contribuyentes (en lugar de a los consumidores de impuestos), y todos los que más se parecen o aspiran a esta forma estándar de orden social y organización pueden ser realísticamente la audiencia más receptiva del mensaje libertario (mientras que se debe esperar que el menor apoyo provenga de los grupos legalmente más «protegidos», como, por ejemplo, las madres solteras musulmanas negras que reciben asistencia social).

Dada esta constelación de perpetradores-enemigos contra víctimas en el Occidente contemporáneo, puedo ahora abordar la tarea final de tratar de delinear una estrategia libertaria realista para el cambio, cuya especificación tendrá que venir precedida por dos consideraciones generales. Por un lado, dado que la clase de intelectuales desde la cima de la *academia* hasta los

periodistas que moldean la opinión en los grandes medios de comunicación son financiados y están muy vinculados al sistema del Estado, es decir, que son parte del *problema*, tampoco se espera que desempeñe un papel importante, si tienen alguno, en la *solución* del problema. En consecuencia, la llamada estrategia hayekiana para el cambio social, que contempla la difusión de ideas libertarias correctas comenzando por lo alto, con los filósofos principales, y luego desde allí a los periodistas y finalmente a las grandes masas sin formación, debe considerarse fundamentalmente irrealista. Por el contrario, cualquier estrategia libertaria realista para el cambio debería ser una estrategia *populista*. En otras palabras, los libertarios deben eludir a las élites intelectuales dominantes y dirigirse a las masas directamente para despertar su indignación y desprecio hacia las élites gobernantes.

Y segundo, mientras que los principales destinatarios de un mensaje populista libertario deberían ser los grupos mencionados de blancos nativos desposeídos y marginados, creo que es un grave error estratégico hacer de la «blancura» el criterio exclusivo sobre el cual basar las decisiones estratégicas propias, como han sugerido hacer algunas líneas de la *Alt-Right*. Después de todo, son los hombres blancos los que conforman la elite gobernante y los que nos han impuesto el desastre actual. Es cierto que las diversas «minorías» protegidas mencionadas anteriormente aprovechan al máximo los privilegios legales que les han sido otorgados y cada vez están más alentadas a pedir cada vez más «protección», pero ninguno de ellos ni todos juntos poseían ni poseen la destreza intelectual que hubiera hecho posible este resultado, de no haber sido por la ayuda instrumental que recibieron y están recibiendo de los hombres blancos.

Ahora, siguiendo nuestros pasos de los movimientos de Buchanan, Paul y Trump, a los detalles de una estrategia popular para el cambio libertario, en ningún orden específico, excepto el primero, que actualmente ha asumido la mayor urgencia en la mente pública.

Uno: *Detener la inmigración masiva*. Las oleadas de inmigrantes que actualmente inundan el mundo occidental lo han cargado con hordas de parásitos del bienestar, trajeron terroristas, aumentaron el crimen, llevaron a la proliferación de áreas prohibidas y dieron lugar a innumerables «malos vecinos» que, basados en su educación, cultura y tradiciones ajenas, carecen de comprensión y apreciación de la libertad y están obligados a convertirse en partidarios sin sentido del futuro del estatismo de bienestar.

Nadie está en contra de la inmigración y los inmigrantes *per se*. Pero la inmigración debe ser solo por invitación. Todos los inmigrantes deben ser personas productivas y, por tanto, estar excluidos de todos los pagos de asistencia social. Para asegurar esto, ellos o su parte invitante deben establecer un vínculo con la comunidad en la cual se van a asentar, y que se debe demostrar y conducir a la deportación del inmigrante si alguna vez se convierte en una carga pública. Además, cada inmigrante, persona invitante o empleador no solo debe pagar el mantenimiento o salario del inmigrante, sino que también debe pagar a la comunidad residencial el desgaste adicional de sus instalaciones públicas asociadas con la presencia del inmigrante, para evitar la socialización de todos y cada uno de los costes incurridos con su asentamiento. Además, incluso antes de su admisión, cada posible inmigrante debe ser evaluado y verificado cuidadosamente, no solo por su productividad sino también por su unidad cultural (o «buena vecindad»), con el resultado empíricamente predecible de una

mayoría, pero de ninguna manera exclusivamente, candidatos inmigrantes blancos-occidentales. Y cualquier comunista o socialista conocido, de cualquier color, denominación o país de origen, debe ser excluido del asentamiento permanente, salvo que, por supuesto, la comunidad en la que el posible inmigrante quiera resolver oficialmente apruebe el saqueo de la propiedad de sus residentes por las nuevas, llegadas del extranjero, lo que no es muy probable que se apruebe al menos (incluso dentro de las comunas «comunistas» ya existentes).

(Breve mensaje a todos los libertarios a favor de las fronteras abiertas y liberallala, quienes seguramente etiquetarán esto, adivino, como «fascista»: en un orden libertario totalmente privatizado no existe un derecho a la inmigración libre. La propiedad privada implica fronteras y el derecho del propietario a excluir a voluntad. Y la «propiedad pública» tiene fronteras también. No está sin dueño. Es propiedad de los contribuyentes nacionales y definitivamente no es propiedad de extranjeros. Y si bien es cierto que el Estado es una organización criminal y que confiarle la tarea de control de fronteras inevitablemente dará lugar a numerosas injusticias tanto para los residentes nacionales como para los extranjeros, también es cierto que el Estado hace algo cuando decide no hacer nada con respecto al control de la frontera y que, en las circunstancias actuales, no hacer nada al respecto conducirá a más y más injusticias más graves, en particular a la ciudadanía doméstica.)

Dos: *Dejar de atacar, matar y bombardear a personas en países extranjeros.* Una causa principal, aunque de ninguna manera la única, para la invasión actual de los países occidentales por las hordas de inmigrantes extranjeros, son las guerras iniciadas y desarrolladas en Oriente Medio y en otros lugares por las élites gobernantes de Estados Unidos y sus elites títeres

occidentales subordinadas. Además, los ataques terroristas aparentemente «normales» y omnipresentes en nombre del islam en todo el mundo occidental son en gran medida «represalias» de estas guerras y el consiguiente caos en todo Oriente Medio y el norte de África. No debería haber ninguna duda en llamar a estos gobernantes occidentales lo que son: asesinos o cómplices de asesinatos en masa. Debemos exigir y reclamar con vigor, en cambio, una política exterior de estricta no intervención. Retirarse de todas las organizaciones internacionales y supranacionales, como las Naciones Unidas, la OTAN y la UE que inmiscuyen a un país en los asuntos internos de otro. Detener toda la ayuda de Estado a Estado y prohibir todas las ventas de armas a Estados extranjeros. ¡Hagamos que *Estados Unidos sea el primero!* ¡*Inglaterra primero!* ¡*Alemania primero!* ¡*Italia primero!* Y así sucesivamente, es decir, cada país que comerciando con otros y nadie interfiriendo en los asuntos domésticos de otros.

Tres: *Dejar de financiar a las élites gobernantes y sus guardaespaldas intelectuales.* Exponer y difundir ampliamente los espléndidos sueldos, beneficios, pensiones, acuerdos paralelos, sobornos y dineros recibidos por las élites gobernantes: por los altos cargos en el gobierno y las burocracias gubernamentales, las cortes supremas, los bancos centrales, los servicios secretos y las agencias de espionaje, por políticos, parlamentarios, líderes de partidos, asesores y consultores políticos, por capitalistas compinches, «educadores públicos», presidentes de universidades, comentaristas y «estrellas» académicas. Destacar que toda su brillante gloria y lujo se financia con el dinero extorsionado a los contribuyentes, y en consecuencia instar a que se reduzcan todos los impuestos: impuestos sobre la renta, impuestos a la propiedad, impuestos a las ventas, impuestos a la herencia, etc., etc.

Cuatro: *Terminar con la FED y todos los bancos centrales.* La segunda fuente de financiación para las élites gobernantes, además del dinero extraído del público en forma de impuestos, proviene de los bancos centrales. Los bancos centrales pueden crear papel moneda de la nada. Esto reduce el poder adquisitivo del dinero y destruye los ahorros de las personas normales. No enriquece ni puede enriquecer a la sociedad en su conjunto, pero redistribuye el ingreso y la riqueza dentro de la sociedad. Los primeros receptores del dinero recién creado, es decir, las élites gobernantes, se hacen más ricos y los últimos receptores, es decir, el ciudadano promedio, se hacen más pobres. La manipulación de las tasas de interés por parte del banco central es la causa de los ciclos de auge y declive. El banco central permite la acumulación de una «deuda pública» cada vez mayor que se desprende como una carga para los futuros contribuyentes desconocidos o simplemente se elimina. Y como facilitadores de la deuda pública, los bancos centrales son también los facilitadores de las guerras. Esta monstruosidad debe terminar y ser reemplazada por un sistema de banca libre y competitiva que se base en el dinero de una mercancía auténtica, como el oro o la plata.

Cinco: *Abolir todas las leyes y regulaciones de «acción afirmativa» y «no discriminatoria».* Todos estos edictos son violaciones flagrantes del principio de la igualdad ante la ley que, al menos en Occidente, se percibe y reconoce intuitivamente como un principio fundamental de la justicia. Como propietarios privados, las personas deben tener la libertad de asociarse o desasociarse con otros: incluir o excluir, integrar o segregar, unirse o separarse, unificar e incorporar, o desunir, salir y separarse. Cierre de todos los departamentos universitarios de Estudios de Negros, Latinos, Mujeres, Género, Homosexualidad, etc., que sean incompatibles con la ciencia y rechazar sus facultades como impostores intelectuales o canallas.

Además, exigir que todos los comisarios de acción afirmativa, diversidad y recursos humanos, desde universidades hasta escuelas y jardines de infancia, sean expulsados y se vean obligados a aprender algún oficio útil.

Seis: *aplantar a la mafia «antifascista»*. La transfiguración de todos los valores en todo Occidente: la invención de cada vez más «grupos de víctimas», la difusión de los programas de «acción afirmativa» y la promoción implacable de la «corrección política» han llevado al surgimiento de una mafia «antifascista». Tácitamente apoyada e indirectamente financiada por las élites gobernantes, esta autodenominada mafia de «guerreros de la justicia social» ha asumido la tarea de intensificar la lucha contra el «privilegio blanco» a través de actos deliberados de terror dirigidos contra cualquiera y cualquier cosa considerada «racista», «de derecha», «fascista», «reaccionaria», «incorregible» o «no reconstruida». Tales «enemigos del progreso» son agredidos físicamente por la mafia «antifascista», sus autos son incendiados, sus propiedades devastadas y sus empleadores amenazados con despidos y la ruina en sus carreras, mientras la policía tiene el mandato de «retirarse» y no investigar los delitos cometidos ni procesar ni castigar a los delincuentes. En vista de esta indignación, se debe despertar la ira del público y debe haber clamores, en todas partes, para que la policía se desate y esta mafia sea atacada hasta la sumisión.

(La pregunta a los liberallala-libertarios y los Estúpidos por la Libertad, quienes seguramente objetarán esta demanda sobre la base de que a la policía solicitada para aplantar a la mafia «antifascista» son policías estatales sería: ¿También objeta usted, por los mismos motivos, que la policía arreste a asesinos o violadores? ¿No son estas

tareas legítimas ejecutadas también en cualquier orden libertario por la policía privada? Y si la policía no debe hacer nada con esta mafia, ¿no está bien entonces que el objetivo de sus ataques, la «derecha racista» deba asumir la tarea de dar a los «guerreros de la justicia social» una nariz ensangrentada?)

Siete: *Aplastar a los delincuentes callejeros y las bandas.* Al prescindir del principio de la igualdad ante la ley y otorgar todo tipo de privilegios grupales (excepto al único grupo de cristianos blancos casados y sus familias), las élites gobernantes también han prescindido del principio de la igualdad de castigo a igualdad de delito. Algunos grupos favorecidos por el Estado reciben un castigo más leve por el mismo delito que otros, y algunos grupos especialmente favorecidos simplemente pueden enloquecer y prácticamente quedar impunes, lo que de hecho promueve en la práctica el delito. Además, se ha permitido que se creen áreas prohibidas donde esencialmente ha dejado de existir algún esfuerzo por hacer cumplir la ley y donde los matones violentos y las pandillas callejeras se han hecho los amos. En vista de esto, debe provocarse el furor público y debe exigirse sin ningún género de duda que la policía tome medidas duras contra cualquier ladrón, atracador, violador y asesino, y elimine sin piedad todas las áreas prohibidas actuales de bandas violentas. Huelga decir que esta política debe ser ciega a los colores, pero si sucede, como de hecho lo hace, que la mayoría de los delincuentes callejeros o miembros de pandillas son hombres jóvenes negros o latinos o, en Europa, jóvenes varones inmigrantes de África, Oriente Medio, los Balcanes o Europa del Este, entonces que así sea, y ese espécimen humano debería ser el que más prominentemente se ensucie la nariz. Y no hace falta decir también que para defenderse contra el crimen, ya sea un crimen callejero ordinario o actos de terrorismo, todas las

prohibiciones contra la propiedad de armas para los ciudadanos honrados deberían abolirse.

Ocho: *Deshacernos de todos los parásitos y vagos de la asistencia social.* Para cimentar su propia posición, la clase dominante ha puesto a la clase baja en el subsidio y, por lo tanto, la ha convertido en la fuente más fiable de apoyo público. Supuestamente para ayudar a la gente a levantarse y ascender de la clase baja para convertirse en personas que se sostienen a sí mismas, el efecto real -y realmente previsto- de la llamada «política social» del Estado es exactamente el contrario. Ha hecho que el estatus de subclase de una persona sea más permanente y ha hecho que la clase baja crezca constantemente (y con esto también la cantidad de asistentes sociales y terapeutas financiados con impuestos asignados para «ayudarla y apoyarla»). Porque, de acuerdo con la ley económica inexorable, cada subvención otorgada a causa de una supuesta necesidad o deficiencia produce más, no menos, del problema que se supone que debe aliviar o eliminar. Por lo tanto, la causa raíz del estado de clase inferior de una persona: su bajo control de sus impulsos y su alta preferencia de tiempo, es decir, su deseo incontrolado de gratificación inmediata y las diversas manifestaciones asociadas de esta causa, como el desempleo, la pobreza, el alcoholismo, el abuso de drogas, la violencia, el divorcio, los hogares encabezados por mujeres, los nacimientos fuera del matrimonio, los acompañantes masculinos rotativos, el abuso infantil, la negligencia y la delincuencia menor, no se alivia ni se elimina, sino que se fortalece y promueve sistemáticamente. En lugar de continuar y expandir este desastre social cada vez más antiestético, debe abolirse y se debe exigir en voz alta que se tenga en cuenta la exhortación bíblica de que el que puede, pero no trabaja, tampoco debe comer, y que el que realmente no pueda

trabajar, debido a deficiencias mentales o físicas severas, será atendido por la familia, la comunidad y la caridad voluntaria.

Nueve: *Sacar al Estado de la educación*. La mayoría, si no todas, las patologías sociales que plagan al Occidente contemporáneo tienen su raíz común en la institución de la «educación pública». Cuando se dieron los primeros pasos, hace más de dos siglos, en Prusia, para suplementar y finalmente reemplazar un sistema de educación antiguo y completamente privado con un sistema universal de «educación pública» obligatoria, el tiempo pasado en las escuelas estatales en la mayoría de los casos no excedía los cuatro años. Hoy, en todo el mundo occidental, el tiempo que se pasa en instituciones de «educación pública» es, como mínimo, de unos diez años, y en muchos casos, y cada vez más, de veinte o incluso treinta años. Es decir, una gran parte o incluso la mayor parte del tiempo durante el período más formativo de la vida de una persona se gasta en instituciones financiadas por el Estado y supervisadas por el Estado, cuyo propósito principal desde el principio no fue educar a un público ilustrado, sino entrenar a «buenos soldados» y «buenos servidores públicos»: no independientes y maduros o «*mündige Bürger*», sino «*Staats-Bürger*» subordinados y serviles. ¿El resultado? El adoctrinamiento ha funcionado: cuanto más tiempo pasa una persona dentro del sistema de educación pública, más se compromete con las ideas igualitarias de la izquierda y se ha tragado e interiorizado de todo corazón la doctrina oficial y la agenda de «corrección política». De hecho, especialmente entre los profesores y profesores de ciencias sociales, las personas que no se cuentan a sí mismas como parte de la izquierda prácticamente han dejado de existir. En consecuencia, se debe exigir que el control de las escuelas y universidades se aleje del Estado

central y, en un primer momento, se devuelva a las autoridades regionales o mejor aún local y localmente financiadas, y en última instancia se privatice completamente, a fin de reemplazar un sistema de uniformidad y conformidad obligatorias con un sistema de educación descentralizada que refleje la variación natural, la multiplicidad y la diversidad de los talentos e intereses humanos.

Diez: *No poner nuestra confianza en la política o los partidos políticos.* Así como no se puede esperar que la academia y el mundo académico jueguen un papel significativo en una estrategia libertaria para el cambio social, tampoco en la política y los partidos políticos: después de todo, el objetivo último del libertarismo es poner fin a todas las políticas, y someter todas las relaciones interpersonales y conflictos a los procedimientos del derecho privado y civil. Sin duda, bajo las condiciones actuales, totalmente politizadas, no se puede evitar por completo una participación en la política y en la política de los partidos. Sin embargo, en cualquier implicación de este tipo hay que ser muy consciente y protegerse contra la influencia corruptora del poder y el atractivo del dinero y las ventajas que conlleva. Y para minimizar este riesgo y tentación, es aconsejable concentrar los esfuerzos en el nivel de la política regional y local en lugar de en la nacional, y promover una agenda radical de descentralización: de anulación y separación pacífica, segregación y secesión. Lo más importante, sin embargo, es que debemos prestar atención al lema de la vida de Ludwig von Mises: no ceder ante el mal, sino proceder cada vez más audazmente contra él. Es decir, debemos hablar donde sea y cuando sea, ya sea en reuniones formales o informales, contra cualquiera que nos ofenda con este tipo de tonterías «políticamente correctas» e izquierdistas igualitarias e inequívocamente decir: «No. No diablos. Debes estar bromeando».

Mientras tanto, dado el control mental casi completo ejercido por las élites gobernantes, el mundo académico y los principales medios de comunicación ya se requiere una buena dosis de coraje para hacerlo. Pero si no somos lo suficientemente valientes como para hacerlo ahora y, por lo tanto, no establecemos un ejemplo para que otros lo sigan, las cosas serán cada vez peores y más peligrosas en el futuro, y nosotros, la civilización occidental y las ideas occidentales de libertad y libertad serán aniquiladas y desaparecerán.

Madurando con Murray

Conocí a Murray Rothbard en el verano de 1985. Tenía entonces 35 años y Murray tenía 59. Durante los siguientes diez años, hasta la muerte prematura de Murray en 1995, estaría asociado con Murray, primero en la ciudad de Nueva York y luego en Las Vegas, en la Universidad de Nevada, Las Vegas (UNLV), en contacto más cercano, más inmediato y directo que cualquier otra persona, excepto su esposa Joey, por supuesto.

Al ser casi tan viejo como Murray en el momento de su muerte, me pareció apropiado aprovechar esta ocasión para hablar y reflexionar un poco sobre lo que aprendí durante mis diez años con Murray.

Ya era un adulto cuando conocí a Murray, no solo en el sentido biológico sino también mental e intelectualmente, y sin embargo, solo crecí cuando estaba asociado con él, y quiero hablar sobre *esta* experiencia.

Antes de conocer a Murray ya había completado mi doctorado y alcanzado el rango de *Privatdozent* (profesor universitario titular no remunerado), el mismo rango por cierto que Ludwig von Mises tuvo en Viena. Aparte de mi tesis doctoral (*Erkennen und Handeln*), ya había completado dos libros. Uno (*Kritik der kausalwissenschaftlichen Sozialforschung*), que me reveló como misesiano, y otro, a punto de publicarse en el año siguiente (*Eigentum, Anarchie und Staat*), que me reveló como rothbardiano. Ya había leído todas las obras teóricas de Mises y Rothbard. (Sin embargo, aún no había leído el voluminoso trabajo periodístico de Murray, que en ese momento no estaba disponible para mí). Por lo tanto, no fue mi encuentro personal con Murray, lo que me convirtió en

misesiano y rothbardiano. Intelectualmente, yo ya era misesiano y rothbardiano años antes de conocer personalmente a Murray. Y así, a pesar del hecho de que yo sobre todo un teórico, no quiero hablar aquí acerca del gran edificio intelectual austro-libertario que nos han transmitido Mises y, como sucesor, Rothbard, o sobre mis pequeñas contribuciones a este sistema, sino sobre mi larga experiencia personal con Murray: sobre las lecciones prácticas y existenciales que aprendí a través de mis encuentros con él y que me hicieron pasar de ser un adulto a ser un hombre mayor de edad.

Me mudé a la ciudad de Nueva York, porque consideraba a Murray como el más grande de todos los teóricos sociales, ciertamente del siglo XX y posiblemente de todos los tiempos, al igual que consideraba a Mises el más grande de todos los economistas y, con Mises desaparecido desde hacía mucho tiempo y fuera de mi alcance, quería reunirme, conocer y trabajar con este hombre, Rothbard. Todavía sostengo esta opinión acerca de la grandeza de Mises y Rothbard. De hecho, hoy todavía más que hace 30 años. Y desde entonces, no ha habido un segundo Mises o Rothbard. Ni siquiera alguien cercano y es posible que tengamos que esperar mucho tiempo para que esto suceda.

Así que me mudé a Nueva York conociendo el trabajo de Murray, pero sin saber casi nada sobre el hombre. Recuerden, esto fue en 1985. Todavía estaba escribiendo a mano y luego usando una máquina de escribir, familiarizándome con una computadora por primera vez solo durante el año siguiente en la UNLV. Y Murray nunca usó una computadora, sino que se quedó con una máquina de escribir eléctrica hasta el final de su vida. No había teléfonos celulares, ni correos electrónicos, ni internet, ni Google, ni Wikipedia, ni YouTube. Al principio, ni siquiera existían los faxes. Mi correspondencia con

Murray antes de mi llegada a Nueva York era por el antiguo correo normal. Murray expresó su entusiasmo por mi deseo de reunirme con él y trabajar con él y se ofreció de inmediato a conseguir la ayuda de Burton Blumert y, de hecho, Burt fue de gran ayuda para facilitar mi traslado de Europa a los EE. UU. (El maravilloso Burt Blumert, dueño de *Camino Coins*, y fundador del original *Centro de Estudios Libertarios* que finalmente se fusionaría con el *Instituto Mises*, fue uno de los amigos y confidentes más queridos de Murray. También fue un gran benefactor y un gran amigo mío).

Había visto algunas fotos de Murray, sabía que él, al igual que Mises, era judío, que enseñaba en el Instituto Politécnico de Brooklyn (que luego fue rebautizado como Universidad Politécnica de Nueva York y actualmente es el Instituto Politécnico de la Universidad de Nueva York), que era el editor del muy admirado *Journal of Liberty Studies*, y que estaba estrechamente asociado, como director académico, al Instituto Ludwig von Mises que Lew Rockwell había fundado recientemente, hace 35 años, en 1982. Eso era todo.

Y así, ambos sin estar preparados, nos conocimos en el despacho de Murray en la universidad. Ahí estaba yo, el 'rubio *cool* del norte', por citar un anuncio popular sobre unas cervezas del norte de Alemania, joven, alto y atlético, algo insociable, seco y con un sentido seco del humor, más de un estilo contundente, sarcástico y confrontativo. Perfecto material de la *Wehrmacht*, por así decirlo. Y allí estaba Murray: el «neurótico de la gran ciudad», por usar el título alemán de la comedia *Annie Hall* de Woody Allen, una generación más antigua, bajo y rechoncho, no atlético, incluso torpe (excepto para escribir), sociable y divertido, nunca deprimido sino siempre alegre, y, en su vida personal (bastante al contrario que en sus escritos), siempre enemigo del

enfrentamiento, calmado e incluso dócil. No era exactamente del tipo *Wehrmacht*. Por tanto, en cuanto a personalidad, no podíamos ser más diferentes. De hecho, éramos una pareja bastante extraña y, sin embargo, nos caímos bien desde el principio.

Dada la larga y especial relación entre los alemanes y los judíos, especialmente durante el período de 12 años del gobierno del Partido Nacionalsocialista en Alemania, de 1933-45, yo, como un joven alemán que se reunía con un judío de mayor edad en Estados Unidos, temía que esta historia podría convertirse en una fuente potencial de tensión. No lo fue. Todo lo contrario.

Sobre el tema de la religión en sí, hubo acuerdo general. Ambos éramos agnósticos, pero con un profundo interés por la sociología de la religión y puntos de vista bastante similares sobre la religión comparativa. Sin embargo, Murray profundizó en gran medida en mi comprensión del papel de la religión en la historia a través de su gran trabajo, lamentablemente incompleto, durante la última década de su vida, sobre la historia del pensamiento económico.

Además, en nuestras innumerables conversaciones, aprendí de Murray acerca de la importancia de complementar la teoría austro-libertaria con la historia revisionista para poder obtener una evaluación verdaderamente realista de los acontecimientos históricos y los asuntos globales. Y era yo, entonces, como alguien que había crecido en Alemania Occidental derrotada y devastada después de la Segunda Guerra Mundial con la entonces (y todavía) «historia oficial» enseñada en todas las escuelas y universidades alemanas de (a) sentirse culpable y avergonzado de ser la historia alemana y alemana y (b) creer que Estados Unidos y el capitalismo democrático estadounidense era «la cosa más grande» desde o incluso antes de la invención del pan rebanado, el

que tuvo que revisar, a pesar de todas las teorías austro-libertarias, sus opiniones de entonces, más bien ingenuas, sobre los asuntos del mundo en general y de la historia de Estados Unidos y Alemania en particular. De hecho, Murray me hizo cambiar fundamentalmente mi visión bastante optimista de los Estados Unidos (a pesar de Vietnam y todo eso) y me ayudó, por primera vez, a sentirme consolado, contento e incluso feliz de ser alemán, y desarrollar una preocupación especial por Alemania y el destino del pueblo alemán.

Así que, para mi sorpresa inicial (y en última instancia, para mi gran y agradable alivio), Murray era un auténtico germanófilo. Conocía y apreciaba las contribuciones alemanas a la filosofía, las matemáticas, la ciencia, la ingeniería, la historia académica y la literatura. Su querido maestro Mises había escrito originalmente en alemán y era un producto de la cultura alemana. A Murray le encantaba la música alemana, le encantaban las iglesias barrocas alemanas, le encantaba el ambiente del jardín cervecero bávaro y la tradición de la iglesia al jardín de la cerveza. Su esposa Joey era de ascendencia alemana, su apellido de soltera era JoAnn Schumacher, y Joey era miembro de la Sociedad Richard Wagner y una aficionada a la ópera de toda la vida. Además, la mayoría de los amigos de Murray que conocería con el tiempo resultaron ser germanófilos.

Entre ellos, Ralph Raico, el gran historiador del liberalismo clásico, a quien esperaba ver de nuevo en esta ocasión, pero que lamentablemente nos ha dejado para siempre hace casi un año. Conocí a Ralph solo unos meses después de mi llegada a Nueva York, en una fiesta celebrada en el apartamento de Murray en el Upper Westside. Inmediatamente entendí su cáustico sarcasmo y con los años desarrollamos una estrecha amistad. Además de nuestras muchas reuniones en varios eventos

del Instituto Mises, todavía recuerdo con mucho cariño nuestros viajes conjuntos prolongados en el norte de Italia y especialmente cuando, en una conferencia en Milán, patrocinada por algunos amigos y un enlace de alguien que una vez fue (pero ya no) un secesionista de la Liga norte, algunos autoproclamados, ¿quién lo habría adivinado?, manifestantes «antifascistas» aparecieron frente al hotel de la conferencia para denunciarnos, para nuestra gran diversión, como «*fascisti libertari*». Ralph también fue quien me presentó habló de la beca revisionista sobre la Primera Guerra Mundial y la Segunda Guerra Mundial, así como durante todo el período de entreguerras, y fue Ralph quien me enseñó la historia del liberalismo alemán y, en particular, de sus representantes liberales radicales del siglo XIX, que habían sido casi completamente olvidados en la Alemania contemporánea.

Por cierto, Lew Rockwell también mostró sus credenciales germanófilas desde el principio. Cuando nos conocimos por primera vez en Nueva York en el otoño de 1985, conducía un Mercedes 190, luego se desvió unos años, conduciendo una camioneta de fabricación estadounidense, pero finalmente regresó al pliegue conduciendo un Mini Cooper, fabricado por BMW.

Pero, sobre todo, fue Murray quien me enseñó a no confiar nunca en la historia oficial, invariablemente escrita por los vencedores, sino por el contrario a realizar toda la investigación histórica como un detective que investiga un crimen. Siempre, en primer lugar y como primera aproximación, hay que seguir al dinero en busca de los motivos. ¿Quién va a ganar, ya sea en términos de dinero, bienes raíces o poder absoluto con esta medida o la otra? En la mayoría de los casos, responder a esta pregunta nos llevará directamente al mismo actor o grupo de actores responsables de la medida o política en cuestión. Sin embargo, por más sencilla que sea esta pregunta,

responderla es mucho más difícil y requiere de una investigación ardua y desenterrar, bajo una gran cortina de humo de retórica aparentemente bienintencionada y propaganda piadosa, los hechos concretos y los indicadores – los flujos de dinero y las ganancias de bienestar – para probar realmente un delito e identificar y «sacar» a sus perpetradores. Murray fue un maestro en esto, y eso en un momento en que no tenías acceso a computadoras, internet y máquinas de búsqueda como Google. Y para hacer el trabajo de este detective, como aprendí de Murray, se debe ir más allá de los documentos oficiales, los MSM, los grandes y famosos nombres, las «estrellas» académicas y las publicaciones «prestigiosas»'; en resumen: todo lo que todo el mundo considera «respetable» y «políticamente correcto». También se debe, en particular, prestar atención al trabajo de forasteros, extremistas y marginados, es decir, de personas «irrespetuosas» o «deplorables» y publicaciones «oscuras» que se supone que debes ignorar o que ni siquiera conoces. Hasta este día, he prestado atención, y de hecho he disfrutado siguiendo este consejo. Cualquier persona que pudiera ver mi lista de marcadores de los sitios web visitados con frecuencia se sorprendería, y cualquier creador o izquierdista en particular se sorprendería y temblaría de desagrado.

Con esta perspectiva general y la perspectiva de las cosas, a los revisionistas como Murray (y yo mismo) nos acusan regular y desdeñosamente, de ser teóricos de la conspiración. Ante esta acusación, Murray respondería normalmente: primero, expresado de manera franca y sarcástica, incluso si uno fuera un paranoico certificado, esto no puede tomarse como prueba de que nadie vaya realmente contra ti y tu dinero. Y segundo y más sistemáticamente: las conspiraciones son menos probables, por supuesto, cuanto mayor sea el número de supuestos conspiradores. Además, es ingenuo asumir la

existencia de solo una gran conspiración que abarca todo y que está dirigida por un grupo de conspiradores todopoderosos. Pero las conspiraciones, a menudo rivales o incluso contradictorias, es decir, los intentos confidenciales de varios grupos de personas que actúan de consuno en la búsqueda de cierto objetivo común, son de hecho una característica siempre presente de la realidad social. Como cualquier acción, tales conspiraciones pueden tener éxito o pueden fallar y pueden llevar a consecuencias que los conspiradores no pretendieron. Pero, hablando de manera realista, la mayoría, si no todos los eventos históricos, son más o menos exactamente lo que algunas personas o grupos de personas identificables que actúan en concierto pretenden que sean. De hecho, asumir lo contrario es suponer, increíblemente, que la historia no es más que una secuencia de accidentes ininteligibles.

Además, al aprender de Murray sobre la necesidad de complementar la teoría austro-libertaria con la historia revisionista para obtener una imagen completa y realista de los asuntos mundiales y mundanos, también recibí una de él capacitación constante en el arte del juicio prudente y juicioso y la valoración de personas, acciones y eventos. La teoría pura nos permite hacer juicios bastante claros de cierto o falso, correcto o incorrecto, y eficaz, conducente a la meta pretendida, o ineficaz. Pero muchas, si no la mayoría de las acciones y eventos que provocan o desatan nuestros juicios, no entran en la categoría de asuntos que pueden evaluarse así. Estamos rodeados o, mejor aún, circundados por una clase de personas (políticos y agentes estatales) que día tras día, toman y aplican decisiones que impactan y afectan sistemáticamente a nuestra propiedad y, en consecuencia, toda nuestra conducta en la vida sin nuestro consentimiento e incluso contra nuestra protesta explícita. En resumen: nos enfrentamos a una élite de *gubernantes*, en lugar de, por el contrario, una élite de

agentes. Y enfrentados con los políticos y las decisiones políticas, entonces, nuestro juicio se refiere a la evaluación de, en el mejor de los casos, segundas mejores opciones. La pregunta no es cierta o falsa, correcta o incorrecta, eficaz o ineficaz. Más bien, es esta: dado que las decisiones políticas son de por sí falsas, erróneas e ineficaces, cuál de estas decisiones es menos falsa, incorrecta y eficaz y comparativamente más cercana a la verdad, lo correcto y lo bueno, y qué persona representa un mal menor o mayor que otra. Esas preguntas no permiten una respuesta científica, porque responderlas implica la evaluación comparativa de innumerables variables incalculables e inconmensurables. Y, en cualquier caso, los hechos recién descubiertos sobre el pasado o la evolución futura pueden revelar cualquier juicio como erróneo. Pero la respuesta tampoco es arbitraria. Lo que es verdadero, correcto y efectivo está *dado*, como puntos fijos, y deben proporcionarse razones, ya sea basadas en evidencia lógica o empírica, para ubicar las diversas segundas mejores opciones como más cercanos o más distantes a tales puntos. Más bien, la toma de decisiones en asuntos como estos es un *arte* difícil, al igual que el espíritu empresarial no es una ciencia sino un arte. E igual que algunas personas son buenas y otras malas en el emprendimiento empresarial, algo que se indica las por pérdidas o ganancias monetarias algunas personas son buenas juzgando los acontecimientos y actores políticos y otras malas, ganando o perdiendo la reputación de jueces sabios y prudentes.

Murray, por supuesto, no era infalible en sus juicios. Por ejemplo, a fines de la década de 1960 y principios de la década de 1970, juzgó mal la postura antibelicista de la Nueva Izquierda creyendo que tenía más principios de los que realmente tenía, algo que, de hecho, él mismo reconoció como un error. Y conozco al menos un caso, más bien personal, donde el juicio de Joey fue mejor y

más acertado que el suyo. Sin embargo, no me parece que no haya encontrado a nadie con un juicio más sensato y, consecuentemente, justificado que Murray.

Con esto quiero pasar a la segunda lección importante que aprendí durante mi larga asociación con Murray. Mientras que la primera lección sobre el revisionismo se refería a cuestiones de práctica y método, la segunda lección se refería a cuestiones existenciales.

Antes de conocer a Murray, sabía, por supuesto, que era un francotirador radical en una academia predominantemente liberal izquierdista y esperaba (y estaba dispuesto a aceptar para mí mismo) que esto implicaría algunos sacrificios, es decir, que uno debía pagar un precio por ser un rothbardiano, no solo, pero también en términos de dinero. Pero me sorprendió bastante darme cuenta de cuán alto era este precio. Sabía que el Politécnico de Brooklyn no era una universidad prestigiosa, pero esperaba que Murray ocupara un puesto cómodo y bien pagado. Por otra parte, en ese momento todavía creía que los Estados Unidos eran un bastión y un baluarte de la libre empresa y, en consecuencia, esperaba que Murray, como principal defensor intelectual del capitalismo y la antítesis personal de Marx, tuviera una alta estima, si no en el mundo académico, por supuesto, al menos fuera de él, en el mundo del comercio y los negocios, y, por consiguiente, ser recompensado con un cierto grado de riqueza.

De hecho, en el Politécnico de Brooklyn, Murray ocupaba una oficina pequeña, sucia y sin ventanas que tenía que compartir con un profesor de historia. En Alemania, incluso los asistentes de investigación disfrutaban de un entorno más cómodo, por no hablar de los profesores titulares. Murray estaba entre los profesores con salarios más bajos en su escuela. De hecho, mi beca de la Fundación Nacional de Ciencias de

Alemania en ese momento, una beca Heisenberg, resultó ser considerablemente más alta que el salario universitario de Murray (algo que me avergonzaba demasiado de revelarle una vez lo descubrí). Y el apartamento de Murray en Manhattan, grande y lleno de libros hasta el techo, estaba oscuro y deteriorado. Ciertamente nada como el ático que había imaginado que ocuparía. Esta situación mejoró significativamente con su mudanza en 1986, a los 60 años, a Las Vegas y la UNLV. Mientras que mi salario bajaba allí en comparación con mis ingresos anteriores, Murray subió bruscamente, pero aún estaba por debajo de los \$100.000, y se pudo comprar una casa espaciosa, pero espartana. Sin embargo, incluso como titular de una cátedra dotada en la UNLV, Murray no tenía al mando a ningún ayudante de investigación ni a un secretario personal.

Sin embargo, Murray nunca se quejó ni mostró amargura ni signos de envidia, sino que siempre se actuó con alegría y siguió adelante con sus escritos. Fue una lección dura de aprender y todavía tengo dificultades para seguirla a veces.

Una propuesta, Joey y Murray una vez me dijeron riéndose que, cuando aún estaban saliendo, ambos esperaban que el otro fuera un buen partido. Joey, porque Murray era judío y Murray, porque Joey era gentil, solo para descubrir que ambos estaban equivocados en sus expectativas.

Además, a pesar de sus grandes logros como defensor intelectual del capitalismo de libre mercado, Murray nunca ganó premios, reconocimientos ni honores de los que hablar. Por supuesto, no ganó un premio Nobel de economía. Después de todo, el gran Mises tampoco lo ganó. Pero solo en los EE. UU. existían docenas de instituciones (grupos de expertos, fundaciones, asociaciones empresariales, centros de investigación y

universidades) que profesaban su dedicación al libre mercado y la libertad, y ninguno de ellos le otorgó a Murray ningún premio importante o premio honorífico, al mismo tiempo que cubrían con dinero y premios a personas que habían hecho poco más que sugerir – «atrevidamente» – alguna reforma incremental como, digamos, reducir la tasa impositiva marginal del 35% al 30% o la reducción del presupuesto de la EPA en algunos puntos porcentuales, o quienes simplemente habían expresado su «amor personal» por la «libertad» y la «libre empresa», lo suficientemente fuerte y enfáticamente.

Nada de esto desconcertó a Murray en lo más mínimo. De hecho, no esperaba nada más, por razones que yo aún tenía que aprender.

Murray se daba cuenta y ya aún tenía que aprender que el rechazo y la oposición más feroces y vociferantes al austro-libertarismo no provendría de la izquierda socialista tradicional, sino de estos autoproclamados «antisocialistas», de «gobierno limitado», «Estado mínimo», «pro empresa privada» y «pro libertad» y sus portavoces intelectuales, y sobre todo de lo que se conoce como los Libertarios del Beltway. Simplemente no pudieron soportar el hecho de que Murray había demostrado con lógica llana que sus doctrinas no eran más que inconsistentes trampas en busca de aplausos intelectuales, y que eran todos también, para usar el veredicto de Mises con respecto a Milton Friedman y su compañía, una «panda de socialistas», a pesar de sus protestas vehementes en contra. Porque, como argumentaba Murray, una vez que se admite la existencia de un Estado, cualquier Estado, definido como monopolista territorial de la toma de decisiones definitiva en todos los casos de conflicto, incluidos los conflictos que involucran al propio Estado, entonces toda la propiedad privada se ha abolido *en la práctica*, aunque siga siendo

de forma provisional, *qua* garantía estatal, *nominalmente* privada y, en cambio, se ha reemplazado por un sistema «colectivo» o más bien de propiedad estatal. El *Estado*, cualquier Estado, *significa* socialismo, definido como «la propiedad colectiva de los factores de producción». La institución de un Estado es praxeológicamente incompatible con la propiedad privada y la empresa basada en la propiedad privada. Es la mismísima tesis de la propiedad privada, y cualquier defensor de la propiedad privada y de la empresa privada debe, por lógica, ser un *anarquista*. En este sentido (como en muchos otros), Murray no estaba dispuesto al compromiso, o a «intransigir», como dirían sus detractores. Porque en teoría, en el pensamiento, el compromiso es inadmisibile. En la vida cotidiana, el compromiso es una característica permanente y ubicua, por supuesto. Pero en la teoría, el compromiso es el pecado final, un estricto y absoluto «no, no». No está permitido, por ejemplo, comprometer entre las dos proposiciones incompatibles que $1 + 1 = 2$ o que $1 + 1 = 3$ y aceptar que es 2,5. Cada proposición, o es cierta, o es falsa. No puede haber un «encuentro medio» entre la verdad y la falsedad.

Aquí, con respecto al radicalismo intransigente de Murray, parece apropiada una pequeña anécdota contada por Ralph Raico. Citando a Ralph:

Murray era alguien especial. Reconocí ese hecho la primera noche que lo conocí. Fue después del seminario de Mises; un amigo mío y yo habíamos sido invitados a asistir, y luego, Murray, sugirió que tomáramos un café y charláramos. Mi amigo y yo estábamos deslumbrados por el gran Mises, y Murray, naturalmente, se alegró de ver nuestro entusiasmo. Nos aseguró que Mises era como mínimo el mayor economista del siglo, si no de toda la historia del pensamiento económico. Sin embargo, en lo que se refiere a la política, Murray dijo, bajando la voz de

manera concertada: «Bueno, cuando se trata de *política*, algunos de nosotros consideramos a Mises un miembro de la izquierda no comunista». Sí, fue fácil ver que habíamos conocido a alguien muy especial.

A diferencia de Murray, bastantes individuos que aprendieron esencialmente todo lo que sabían de Murray, en particular su *El hombre, la economía y el estado*, estaban dispuestos a realizar tales compromisos intelectuales, y fueron recompensados ricamente por su «flexibilidad» intelectual y «tolerancia». ¡Pero Murray no era así! Y, en consecuencia, fue (y sigue siendo) ignorado, excluido o denunciado por las autoridades de la «industria de libre mercado del gobierno limitado». Y quedó esencialmente sin ningún apoyo institucional, como un llanero solitario, hasta la aparición de Lew Rockwell y el Instituto Mises.

Experimenté esta *rothbardfobia* de segunda mano, por así decirlo. Tan pronto como se supo que el recién llegado alemán era el chico de Murray y también parecía bastante «intransigente», me encontré inmediatamente en las mismas listas negras que él. Así que, rápidamente aprendí una primera lección importante de la vida real de lo que significa ser un rothbardiano.

Otra lección fue en humildad. Murray tenía una enorme biblioteca, había leído y digerido una gran cantidad de literatura y, por consiguiente, era un hombre humilde. Siempre fue reacio y muy escéptico a asumir o reconocer cualquier reclamación de «originalidad». Sabía que las afirmaciones de «originalidad» están hechas con mayor frecuencia por personas con bibliotecas pequeñas y poca lectura. En claro contraste, Murray fue muy generoso en reconocer a los demás. Y fue igualmente generoso al aconsejar a cualquiera que preguntara. De hecho, en casi cualquier tema concebible, estaba listo, en lo alto de su cabeza, para proporcionar una extensa

bibliografía. Además, alentaba cualquier señal de productividad incluso entre sus estudiantes más humildes.

Si bien siempre intenté seguir este ejemplo, no pude llegar tan lejos como lo hizo Murray. Porque pensé y sigo creyendo que la humildad de Murray era excesiva, que era humilde casi por completo. Sus estudiantes en el Politécnico de Brooklyn, por ejemplo, en su mayoría estudiantes de ingeniería (o, como Murray describió a los estudiantes de Mises en la NYU, «estudiantes de empaque»), no tenían idea de quién era, porque nunca mencionó sus propios trabajos. Quedaron realmente sorprendidos al saber por *mí* quién era su alegre profesor cuando le sustituí en clase mientras estaba fuera de la ciudad. Y en la UNLV la situación no era muy diferente. Mientras lo promovía activamente como su agente de relaciones públicas, Murray continuaba con su autodesprecio. A pesar de que había escrito sobre casi cualquier tema imaginable en las ciencias sociales, al sugerir o asignar trabajos finales a sus estudiantes, solo mencionaría sus propios escritos, en todo caso como una especie de ocurrencia o por solicitud específica.

Sin embargo, la extrema modestia de Murray también tuvo otro efecto desafortunado. Cuando nos mudamos a Las Vegas en 1986, esperábamos convertir a la UNLV en un bastión de la economía austriaca. En ese momento, el equipo de baloncesto de la UNLV, los Runnin' Rebels, bajo el mando del entrenador Jerry Tarkanian, eran una potencia nacional, siempre algo escandalosa, pero imposible de pasar por alto. Esperábamos convertirnos en los Runnin' Rebels de la economía en la UNLV. Se habían transferido varios estudiantes y se habían matriculado en la universidad en previsión de esa evolución. Pero estas esperanzas desaparecieron rápidamente. Ya a nuestra llegada a la UNLV, la composición del departamento de economía había cambiado significativamente, y luego la

operó la norma de la mayoría, la democracia. Para equilibrar la influencia austriaca, solo un año después, la mayoría departamental decidió, contra nuestra oposición, contratar a un marxista sin prestigio. Le pedí a Murray que usara su posición y reputación para interferir con los altos mandos de la universidad y evitar este nombramiento. A excepción de Jerry Tarkanian, Murray fue la única persona reconocida a nivel nacional en la UNLV. Ocupó la única cátedra dotada de la universidad. Conocíamos socialmente al presidente y al director de la universidad y estábamos en términos cordiales con ambos. En consecuencia, creía que había una posibilidad realista de revocar la decisión del departamento. Pero no pude convencer a Murray de sus propios poderes.

Después de esta oportunidad perdida, las cosas empeoraron. El departamento continuó contratando a cualquiera que no fuera austriaco o simpatizante austriaco. Nuestros estudiantes fueron maltratados y discriminados. El departamento y el decano de la escuela de negocios me negaron la permanencia en el cargo (decisión que fue rechazada por el rector y presidente de la universidad, sobre todo por las protestas estudiantiles masivas y la intervención de varios donantes universitarios) El presidente del departamento escribió una evaluación anual escandalosa, desagradable e insultante sobre la actuación docente de Murray (sobre la cual la administración de la universidad obligó a este presidente a renunciar a su cargo). Como consecuencia, surgió una segunda oportunidad para que cambiásemos las cosas. Se desarrollaron planes y se discutieron con el rector para dividir el departamento y establecer un departamento de economía separado en el Colegio de Artes Liberales. Esta vez Murray se involucró. Pero el impulso inicial para nuestra ventaja se había perdido mientras tanto y, después de las primeras señales de resistencia, Murray rápidamente renunció y se rindió. No

estaba dispuesto a quitarse los guantes, y nuestro proyecto secesionista pronto se convirtió en una derrota.

Para acabar rápidamente con nuestra saga de la UNLV: Después de la muerte de Murray en 1995, continué trabajando en la UNLV durante otra década en un entorno cada vez más hostil. Una vez cambió la administración protectora de la universidad, me sentí cada vez menos apreciado y fuera de lugar. Incluso mi gran popularidad entre los estudiantes fue usada en mi contra, como prueba del «peligro» que emanaba de mi enseñanza. En 2004, me vi envuelto en un escándalo. En una conferencia, sugerí hipotéticamente que los homosexuales, en promedio, y debido a su carencia característica de hijos, tenían un grado comparativamente mayor de preferencia temporal, es decir, de orientación al presente. Un estudiante llorón se quejó, y el comisario de acción administrativa de la universidad inmediatamente, como si solo hubiera esperado esta oportunidad, inició un procedimiento oficial contra mí, amenazando con severas medidas punitivas si no me retractaba al instante y públicamente y me disculpaba. «Intransigente» como era, me negué a hacerlo. Y estoy seguro de que fue solo mi constante rechazo a pedir perdón lo que, después de todo un año de hostigamiento administrativo, hizo que al final saliera victorioso de esta batalla con la policía del pensamiento, y la administración de la universidad sufrió una vergonzosa derrota. Un año más tarde renuncié a mi cargo y la UNLV y los Estados Unidos para siempre.

Volviendo a Murray: Naturalmente, me decepcionaron los acontecimientos en la UNLV. Pero no tuvieron el menor efecto sobre nuestra cooperación continua. ¿Tal vez Murray tenía razón y fue más realista todo el tiempo y era yo quién sufría demasiado optimismo juvenil? En cualquier caso, hubo una lección más importante sobre el

esquema más amplio de cosas que aún tenía que aprender.

Mientras que la mayoría de las personas tienden a volverse más tibias y más «tolerantes» en sus puntos de vista a medida que envejecen, Murray se volvió cada vez más radical y menos tolerante con el tiempo. No en su trato personal, como ya subrayé. En este sentido, Murray fue y se mantuvo hasta el final como «templado» menos en sus discursos y escritos. La radicalización y el aumento de la «intransigencia» vinieron en respuesta a la evolución en el mundo de la política de los Estados Unidos en general y en particular dentro de la industria del «mercado limitado del libre mercado» y entre los llamados libertarios reunidos en torno a la carretera de circunvalación de Washington, DC (los Beltway). Aquí, en todas partes, se podía observar una deriva lenta pero sistemática hacia la izquierda y las ideas izquierdistas. Una deriva que, desde entonces y hasta el día de hoy, no ha hecho más que ganar impulso y fuerza. Poco a poco se «descubrían» y adoptaban nuevos «derechos», en particular también por los llamados libertarios. «Derechos humanos» y «Derechos civiles», «Derechos de las mujeres» y «Derechos de los homosexuales», el «derecho» a no ser discriminado, el «derecho» a la inmigración libre y sin restricciones, el «derecho» a un almuerzo gratuito y atención de la salud gratuita, y el «derecho» a estar libre de discursos y pensamientos desagradables. Murray demolió todo este alegato «humanitario» o, para usar un término alemán, esta charla de «*Gutmenschen*» como basura intelectual al demostrar que ninguno de estos supuestos «derechos» era compatible con los derechos de propiedad privada. Y que, como deben saber sobre todo los libertarios, solo los derechos de propiedad privada, es decir, el derecho de toda persona en posesión de su cuerpo físico y la propiedad de todos los objetos externos adquiridos

(pacíficamente) de manera justa, pueden defenderse argumentativamente como derechos humanos universales y compatibles. Por tanto, Murray demostraba una y otra vez que, excepto los derechos de propiedad privada, todos ellos son derechos falsos, no universalizables. Todo llamado a «derechos humanos» distintos de los derechos de propiedad privada está motivado en última instancia por el igualitarismo y, como tal, representa una revuelta contra la naturaleza humana.

Además, Murray se desplazó aún más a la derecha, de acuerdo con el dictamen de Erik von Kuehnelt-Leddihn de que «lo correcto es la derecha», al señalar que para establecer, mantener y defender un orden social libertario hace falta más que la mera adhesión al principio de no agresión. El ideal de los libertarios de izquierda o «modales», como los llamaba Murray, de «vive y deja vivir mientras no agredas a nadie», suena atractivo para los adolescentes en rebeldía contra la autoridad paterna y cualquier convención y control social y puede ser suficiente para las personas que viven lejos y que se tratan y comercian entre sí de manera indirecta y remota. Pero es decididamente insuficiente cuando se trata de personas que viven muy cerca unas de otras, como vecinos y cohabitantes de la misma comunidad. La convivencia pacífica entre vecinos y entre personas en contacto directo regular entre sí en algún territorio requiere también un carácter común de cultura: de idioma, religión, costumbre y convención. Puede existir la coexistencia pacífica de diferentes culturas en territorios distantes, separados físicamente, pero el multiculturalismo, la heterogeneidad cultural, no pueden existir en el mismo lugar y territorio sin dar lugar a una disminución de la confianza social, un aumento del conflicto y en última instancia, la destrucción de cualquier cosa que se parezca a un orden social libertario.

Si Murray había sido ignorado, descuidado o atacado antes por los sospechosos habituales, entonces, con esta postura en contra de todo lo que se considera «políticamente correcto», fue atacado y se encontró con un odio no disimulado. A estas alturas solo le seguían una letanía demasiado familiar de términos denunciadores: Murray era reaccionario, racista, sexista, autoritario, elitista, xenófobo, fascista y, para colmo, un egoísta judío nazi que se odiaba a sí mismo.

Murray se encogía de hombros. De hecho, se reía de eso. Y, de hecho, para consternación de la «banda de difamación», como llamaba Murray al frente popular unido de sus detractores «antifascistas», su influencia no ha hecho más que crecer y ha seguido creciendo aún más desde su muerte. Puede que no sea ampliamente reconocido, pero sin Murray no habría un Ron Paul como lo conocemos, y lo digo sin desear que disminuya o se menosprecie en lo más mínimo el papel personal de Ron Paul y sus logros extraordinarios, no habría ningún movimiento Ron Paul, y no habría una agenda libertaria «populista» o popular, como suele preferir decir la «banda de difamación».

En cuanto a mí, mis opiniones también se radicalizaron junto con las de Murray. Mi *Democracia: El dios que fracasó* fue la primera documentación importante de esta evolución intelectual y, en todo caso, mi intolerancia radical con respecto a todo lo que es libertario de izquierdas y «políticamente correcto» ha estado creciendo desde entonces. Casi no hace falta decir que yo también he recibido el mismo e incluso algunos títulos honorarios extra como Murray (excepto el del odio del judío a sí mismo). Sin embargo, también he aprendido a encogerme de hombros, como había visto hacer a Murray, y como Ralph Raico siempre me alentó y continuó aconsejándome. Además, me ayudó recordar un dicho

popular alemán: «*viel Feind, viel Ehr*». Y, de hecho, el éxito continuo de mi salón de conferencias anual de la Sociedad de la Propiedad y la Libertad, ahora en su 12° año, se celebró y se llevó a cabo con un espíritu genuinamente rothbardiano, ha demostrado el fracaso total de todas las campañas de difamación dirigidas contra mí. En todo caso, me han ayudado en lugar de impedirme que atrajera a un círculo cada vez más grande de amigos intelectuales, afiliados y seguidores.

Debo agregar que durante la última década más o menos, bajo la sabia y estricta guía de mi encantadora esposa Gülçin, también he logrado grandes avances en la combinación del radicalismo intelectual sin compromisos con la amabilidad personal, aunque mi naturaleza y disposición natural me han impedido acercarme a Murray en este sentido.

He dicho demasiado poco aquí acerca de Lew, y me disculpo sinceramente. Pero debo decir esto: Lew, aparte de Murray, ha sido una de las personas más importantes que me han ayudado a convertirme en el hombre que soy hoy. Y a Murray, de quien estoy seguro de que nos está observando hoy desde lo alto, le digo: gracias Murray, eres mi héroe, «No volveré a verlo igual», y espero que esté contento con su alumno. Siempre sentí una tremenda alegría cuando me dijiste «gran Hans, ¡bravo!», e incluso si no pudiera escucharte en este momento, nada me daría mayor placer que si lo dijeras otra vez ahora mismo, donde están reunidos los reyes del pensamiento.

Índice

Introducción	3
Un Libertarismo Realista	18
Democracia, descivilización y la búsqueda de una nueva contracultura.....	55
El libertarismo y la Alt-right: en busca de una estrategia libertaria para el cambio social	74
Madurando con Murray.....	100